

BABEL

Revista de Arte y Crítica

*Una visión más elevada
del nuevo mundo*

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1944

SUMARIO:

<i>Gustav Regler</i>	LECHE NEGRA
<i>Luis Franco</i>	HACIA LO VENIDERO
<i>Enrique Espinoza</i>	UNA AMISTAD EJEMPLAR
<i>Marx y Engels</i>	CORRESPONDENCIA INEDITA
<i>Eugenio González</i>	EL BORRON DE LA HISPANIDAD
<i>Lain Diez</i>	RAZA CALUMNIADA
<i>Martínez Estrada</i>	MERCADOS Y LIBRERIAS
<i>González Vera</i>	ESCALA MISTICA
<i>James T. Farrell</i>	LA FE DE LEWIS MUMFORD

Santiago 23 *de Chile*

Sumario de los últimos números de "Babel"

N.º 20

André Gide	<i>Entrevista Imaginaria</i>
J. Moreno Villa	<i>De la tierra y la patria</i>
Mario Vicuña	<i>Turismo intelectual</i>
González Vera	<i>Buenos Aires, ida y vuelta</i>
Enrique Espinoza	<i>El regreso de Horacio Quiroga</i>
Horacio Quiroga	<i>Sinfonía heroica (y una carta inédita)</i>
Hernán Gómez	<i>Dos estampas de Castelao</i>
Jorge Guerra	<i>Sueño de una noche de verano de 1940.</i>
Sebastián Frank	<i>El espíritu burocrático</i>
Los Libros	<i>"Ranquil", de Reinaldo Lomboy</i>
Las Revistas	<i>"New Essays", de Chicago</i>

N.º 21

Max Brod	<i>Kafka, padre e hijo</i>
E. Martínez Estrada	<i>Literatura propia y apropiada</i>
González Vera	<i>Esbozo de Mariano Latorre</i>
Mariano Latorre	<i>El secreto</i>
Vicente Huidobro	<i>Edad negra</i>
Luis Franco	<i>Pasado y porvenir</i>
Lain Diez	<i>Del materialismo histórico</i>
James Cadman	<i>Geopolítica, un mito imperialista</i>
Los Libros	<i>"Aguas Abajo", de Marta Brunet.</i>
Las Revistas	<i>"Partisan Review", de N. York</i>

N.º 22

Albert Einstein	<i>Alocución a los estudiantes</i>
León Felipe	<i>No me contéis más cuentos</i>
Enrique Espinoza	<i>La guerra y los intelectuales</i>
Manuel Rojas	<i>España otra vez</i>
Ernesto Montenegro	<i>Integridad de Baldomero Lillo</i>
Baldomero Lillo	<i>Conferencia inédita</i>
González Vera	<i>"La incógnita"</i>
Luque Hidalgo	<i>¿Qué pasa en la Argentina?</i>
Natalia Sedova	<i>Así fué</i>

En el número 24

Thomas Mann

Fantasmas verbales

Gustav Regler

Leche negra

(OTRO CAPÍTULO DE «HIJO DE LA TIERRA DE NADIE»)

Al día siguiente, era el 8 de septiembre del desdichado año 1940, partimos hacia el Sur, tal como nos lo ordenó la autoridad. La separación fué difícil. A última hora se presentó la nostalgia, un sentimiento inoportuno y bastante molesto para quien debió haberse acostumbrado, poco a poco, a su Tierra de Nadie.

Mientras el tren atravesaba los ríos de Tejas, revisé una vez más mi balance norteamericano. Ellis Island, la prisión de lujo; Manhattan, sacudida por las crisis mientras asalta el cielo; el egoísmo demasiado sano de un continente aislacionista; los bailarines de Haarlem; el paraíso de Amagansett; los comités de socorro flotando como boyas en el mar de la indiferencia.

En el fondo del vagón estaban sentados, descansando, de su trabajo, los negros del coche comedor. Me cambié de asiento para estar más cerca de ellos. Sentía curiosidad por oír lo que hablaban. Tardé un rato en entender su slang. Dijo el primero, un hombre grueso, de pelo gris y ondulado, que esta vez ningún Johnson ha estado presente en Francia.

Dijo el otro —un hombre considerablemente más joven — que, bandeja en mano, bailaba con pies ligeros a través del vagón: quién sería Johnson.

Dijo el viejo que era una vergüenza no saberlo. El negro Johnson, que en la guerra de 1917 acabó, él solo, con 25 alemanes. *Single-handed.*

Dijo el joven que, con perdón del viejo, él lo había visto en una película; Johnson se llamaba York y era blanco.

Dijo el viejo que ese fué otro; Johnson era Johnson y negro, pero esta vez no hubo ninguno en Francia.

Preguntó el joven, ¿y por qué no?

Dijo el viejo y ahora apenas podía entenderse —tan quedamente hablaba— que esta vez no aceptaban negros, que ésta tampoco era guerra de los negros, sólo la próxima; lo sabía por un sacerdote.

Dijo el joven que todo podría cambiar todavía, hasta que terminara la guerra.

Dijo el viejo, categóricamente y de nuevo en voz alta: la guerra ha terminado con el armisticio en Francia y él apostaría un cuarto de dólar por ello; esta fué la guerra del Anticristo. El Anticristo había ganado, exactamente igual como decía en la Biblia. Ahora vendría una pausa y después vendría el verdadero Cristo y la guerra de los hombres de color del mundo entero y después un negro sería Presidente en Washington.

Quedó el joven con los ojos desmesuradamente abiertos.

Fuera pasaban velozmente los campos de Arkansas. El viejo soñaba ahora: entonces habrá un millar de Johnsons, dijo. El joven le interrumpió: ¿si de veras ya había terminado la guerra? Temía que, no obstante, aun sería llamado a filas. El viejo desoyó la pregunta, demasiado realista; que se imagine —le dice a su joven compañero— que entonces un día la novia del joven subiría aquí, a este tren y se sentaría a la mesa junto a la *lady* y que al joven les serviría los mismos *hotcakes* y que la *lady* le alcanzaría la crema a la muchacha y que la muchacha tomaría crema y mucha miel, muchísima miel.

Ahora rieron ambos. Yo llamé al joven y pedí un *whisky*. Cuando volvió, le dije, amistosamente: —¿Hablan de Hitler? Quise reír con ellos.

Su cara negra perdió inmediatamente el último vestigio de su alegría. Era como si se sintiese sorprendido en flagrante delito.

Miró temeroso a su alrededor. La sala estaba vacía. Pero él veía a cien blancos de miradas acusadoras sentados en las butacas vacías. Recogió mi vaso y se fué. El viejo me trajo el vuelto. Tardaré mucho tiempo en olvidar esta mirada, pensé.

No la olvidé hasta hoy. Con demasiada frecuencia me encontré con ella. Cuando en Haarlem, en Charleston, en Detroit, pronunciaba el nombre del Führer alemán como un grito de alarma, cuando acaso iba tan lejos como para decir que la lucha contra ese hombre debería unirnos a todos, cada vez se saturaba el local de la desazón que sigue a un desatino. Era como si se dijese entre judíos que los cosacos del Zar eran, pese a todo, excelentes cantores o si se desvariase acerca de los colores ante ciegos; algunas veces era incluso como si se contase un chiste sucio en una casa mortuoria.

Entre los negros de Norteamérica el desatino tuvo su acento especial. Se acordaban inmediatamente de *sus* Hitlers. Era como si se les nombrase al hermano de un señor que conocían muy

desagradablemente, de mister Lynch. Por más que hubo en ello una exageración demagógica por su parte, pues ¡qué son los pocos casos de linchamiento de los últimos años frente a las carnicerías de Polonia! Los negros encontraban que no necesitaban de advertencias. Llevaban la advertencia en la sangre desde hacía siglos. En todas partes tropezaban con la señal de peligro, más en el Sur que en el Este, pero en todas partes la hubo. El hombre de Berchtesgaden no era nada especial —era simplemente el Anticristo, dijo el camarero. Un Juan negativo, nada para agitarse más de lo que la sangre hacía ya en secreto diariamente desde hace siglos.

¿Tenía la sangre razón para ello?

Visitamos en Nueva York un Club en Broadway. Actuaban exclusivamente artistas de color. La velada fué una orgía de ritmo. Una danza siguió a la otra. Un Eliseo negro. Las *Green Pastures* temblaban bajo los temperamentos bravíos que se sucedían continuamente. Después salió un danzarin solitario, también de color. Martilleaba las tablas del escenario, como si, a fuerza de pateo, tuviese que hacer surgir de la tierra regimientos enteros para su pueblo. Reía del movimiento que había en él, como si él mismo estuviese sorprendido, una vez y otra. Saltaba del bastidor hacia el proscenio como un animal que caza. Gozaba de la superioridad que poseía sobre cada uno de los que, al igual que nosotros, se acuclillaban abajo, en la penumbra, junto a las mesas con blancos manteles y que no eran sino lisiados, por decirlo así. Girando alrededor de sí mismo, como cogido por una tromba de aire, desafiaba a los clientes. Y en una especie de frenética humildad le contestamos todos con un aplauso incesante. Quisimos decirle con ello que no podíamos aceptar su reto. El *era superior*. El era el amo de su cuerpo y un buen trozo de la raza humana, un trozo muy bueno.

Debo añadir que el hombre tenía s ó l o u n a p i e r n a . ¡La otra era de palo! Debo añadir además que *no* pudimos llevar con nosotros a nuestro amigo Bob, joven pintor negro, ingenioso y con talento; el Club de los cien negros alegres, no admitía, por orden del empresario blanco, a los negros como clientes.

Algunos días después oí en un *party* hablar de Robeson. El nombre resonó en mi oído como la voz de ultratumba. Me ví de nuevo sentado en aquel coche ruso. 1936. Casa de la emisora sindical. Anuncio de la primera espantosa purga.

Abajo corría la cinta plateada del Moskvá. Las torres del Kremlin venían a nuestro encuentro. Precisamente acabábamos de oír que sobre la vieja generación que había liberado a este país, iba a desatarse la tormenta de sangre. *It should not be, it should not be*, dijo la voz profundamente oscura del cantante a mi lado.

Ahora Robeson había vuelto al país que hace decenios liberó a los suyos, por razones económicas y un diez por ciento de idealismo, de la peor esclavitud. ¿Era más feliz aquí?

Al oír de pronto su nombre en aquel *party*, 1940, me acerqué lentamente con mi vaso al grupo. Un hombre dijo: "Robeson aceptó naturalmente la invitación de la gente de Park Avenue. Era una casa bastante distinguida. Con un portero de librea, dos ascensores, un gran vestíbulo, etcétera. Cuando quiso entrar en el ascensor, el ascensorista de color (sic!) le detuvo señalándole el ascensor de servicio. *For coloured people that one*. Cuando Robeson, pensativo, aun estaba allí, llegaron los invitados en trajes de etiqueta, las señoras de vestido largo. Llegaban para oír a Robeson. Pasaron junto a él y subieron en su ascensor blanco. Entonces Robeson se marchó a su casa".

Me abrí paso a través del círculo y le pregunté al narrador, un neoyorquino liberal y decente, qué es lo que haría él en una situación así. Respondió sin larga vacilación: "Es imposible imaginarse cómo se sentiría uno como negro".

Una sabia respuesta que, sin embargo, no me impidió aprovechar mis tres meses de visita en U. S. A., concedidos tras tanto titubeo, para aproximarme al sentir de sus trece millones y medio de ciudadanos negros. Era sólo una pequeña esfera, en la que entré, pero era no menos reveladora que aquella hora con Robeson en Moscú, cuando el más cruel tribunal de sangre se desató sobre los adversarios del tirano oriental, hasta hoy no bastante reconocido en su crueldad, y al que Robeson, por razones inexplicables, rinde hoy nuevamente su homenaje. Había olvidado la hora. Tal vez pronto se acuerde de nuevo, cuando, con la victoria sobre el fascismo, los "pueblos vencedores" se acerquen tanto, que también el pueblo ruso podrá hablar de nuevo al pueblo vecino y decir la verdad.

En el parque de atracciones de Coney Island hubo el extraño stand donde la gente podía arrojar a la cabeza de un hombre duras pelotas de baseball con toda la fuerza de su alma sádica. El hombre sacaba la cabeza a través de un decorado, la inclinaba hacia adelante y esperaba, callado, el pérfido pelotazo, como quien, con la cabeza en el cepo de la guillotina, espera la caída de la cuchilla.

Cuando ví por tercera vez que la cabeza era la de un negro, pregunté a los amigos y me enteré de que siempre son negros. "¿Quién si no se prestaría para una cosa así?!" dijeron por añadidura. Se decía que una vez en el Oeste— fué durante una crisis y muchos miles de personas pasaban hambre en las ciudades— les pareció a los granjeros que peligraba el precio de los huevos. Decidieron organizar un concurso de tiro con ellos. Y también esa vez fué en cabezas de negros en las que se estrellaban por gruesas los frágiles proyectiles. Los negros se ofrecían ellos mismos, se decía. No se consideraban aptos para nada mejor, se decía. Un conocido, educado a la moderna, hablaba de un rasgo masoquista de toda la raza. Los argumentos me eran conocidos desde hacía tiempo por el libro, "Mi Lucha".

Fueron rebatidos desde luego de un modo encantador por las *fábulas de negros*, acumuladas allá donde los negros seguían aún desde largo tiempo entre ellos. Los negros de Cuba cuentan la historia de su creación; son tan grandes poetas surrealistas que no puedo privarme de una cita.

"Un hombre", dicen los negros, "subía al cielo en una cuerda de luz. El sol le advirtió: —No te acerques demasiado; si nó te quemaré. El hombre no prestó atención, se acercó, se tostó, se volvió negro de los pies a la cabeza... Fué el primer negro, el padre de todos los negros... La alegría es de los negros.

"Otro hombre subía a la luna montado en un Caballo-Pájaro-Caimán-Pequeña Nube. La luna tiene un ojo redondo en medio de un cero dibujado con carbón en su cara. Dentro del ojo hay una liebre que da volteretas. La luna nació muerta. No es ni hombre ni mujer. Es casta. La luna es fría. El frío es blanco. El hombre que subía a la luna se volvió blanco. Fué el primer hombre blanco, el padre de todos los blancos. Ellos son tristes por naturaleza. Esto lo explica todo...".

¿Lo explica todo? Leí mientras tanto lo que dijo el gobernador Johnson, de Misisipi: "Now these prejudices are born in us. You know there's nobody down here who would sit down with a negro and eat with him at the same table. You know we'd rather die first, don't you?"

Otro, que quiso ser gobernador, dijo en un discurso electoral; se llama Ellis Arnall y es de Georgia: "If a nigger ever would try to get into a white school in my part of the state, the sun would never set on his head". Mr. Arnall no llamaría para nada a la policía, haría exactamente lo mismo que hace un SS-Mann contra un judío: "And we wouldn't be running to the governor or the state guard to get things done, either".

Las "cosas" que tienen que hacerse las expresa con toda claridad Gessner Mc Corvey, *chairman* del Alabama Democratic State Executive Committee: "We will not stand for anything even remotely resembling social equality and such a thing as having the white girls and white boys of our section working side by side with negroes in factories or elsewhere".

Todas estas sentencias tan simples como fascistas fueron pronunciadas estando ya Norteamérica en guerra.

Una valiente revista *South Today* organizó encuestas que ni el propio Goebbels se atrevería a formular a su pueblo; él prefirió decretar la *Rassenschande* desde arriba. Pero la encuesta conocía a su Sur y fué más que atrevida en las preguntas: "¿Querría usted estar sentado en un tranvía junto a un negro?"

Y en el Año del Señor 1942 llegó, junto a centenares de otras parecidas, la respuesta clásica que consignamos aquí:

"A nigger sit by me on a street car? Just let one try it!"

Hubo también respuestas mejores, pero ésta era muy posible. Busqué explicaciones que iban más allá de aquellas sobre la natural disposición de la canalla Hombre hacia el fascismo.

Un sociólogo, Edward R., me contó que en su pequeña comunidad rural no existían "problemas negros" en los tiempos cuando él iba a la escuela. Los pocos negros que se trajeron para las labores del campo fueron tratados en pie de igualdad y apreciados como trabajadores. Cuando el sociólogo de hoy volvió después de varios años del College, estaba el cuadro tan espantosamente cambiado que ningún negro podía atreverse a franquear la frontera invisible, pero muy real, del barrio de los blancos. ¿Qué es lo que había pasado?

El sociólogo sacó la conclusión definitiva: "No fué sino una autodefensa de los blancos. Habrían quedado abrumados por los negros. Los negros habían llamado a sus amigos al pueblo. Los amigos se vinieron, se trajeron mujeres consigo, trabajaban y se multiplicaban. Estuvieron a punto de formar la mayoría en la comunidad. Si hubiese habido elecciones normales, los negros habrían tomado el poder, *puesto que* vivimos en un régimen democrático". (sic!)

El sociólogo dijo todo esto sin ironía. La democracia era un lujo de los blancos. Al encontrarse los blancos en minoría, la democracia se tornaba una insensatez y había que apelar a otros medios. Uno de los medios era el fascismo. Lo hubo abierto y encubierto. Se escogió por el momento el encubierto: *Race-Segregation* mezclada con un poco de *Kukluxklan*.

Las contraindicaciones "matemáticas" eran menos.

Me hablaban del olor de los negros, que "con razón" los lleva al ghetto.

¿Existía en este mundo un olor objetivo del que no debería uno apartarse? ¿Eran los blancos más soportables para las narices de los negros? *Streicher*, mi enemigo personal, al que en 1926, en Nuremberg y después de dura pelea por calumnias, ayudé a meter en la cárcel, hablaba con preferencia de los judíos obesos y del cabello ensortijado de los judíos, lo que no le impedía al sádico maestro de escuela besar en su cámara de torturas particular los labios de las muchachas judías.

En U. S. A. hay alrededor de seis millones de mulatos. ¿Cuántas veces entonces se acercó un blanco a una negra sin temer su olor? Después de una noche de amor el blanco abandonó su negra felicidad; supongo que es uno de aquellos que más alto hablan de las infranqueables diferencias de raza.

Cuanto más bajo es el motivo, más alta es la frase.

He oído hablar en los Estados Unidos de la "sagrada feminidad". *Streicher* también hablaba de eso.

Ambos necesitaban de un análisis de su falta de madurez sexual. *Streicher* lo evitó al caer en una purga del partido. El *kukluxklanista* sobrevivió al maestro de escuela nurembergués y llevará su siembra a la Norteamérica de la postguerra. ¡Los negros, los judíos de U. S. A.!

Ví una ilustración de la reciente intentona de linchamiento en Detroit. Dos guardias arrebatában a un negro fornido, de imponente talla, a un populacho que, sin embargo, se sentía lo bastante fuerte como para mandar adelante a uno de los suyos y hacerle golpear al negro en la cara. Los guardias no se movían. Parecían estar ciegos. Toda Norteamérica deberá ser tildada de ciega si no reconoce a tiempo que precisamente se está apañando su forma particular de fascismo en todos los detalles.

El antisemitismo es el socialismo de los necios. ¿Qué edad tiene esta frase? Es una de las más actuales para todos los "estados vencedores", que librarán su verdadera guerra mundial sólo cuando acabe la matanza en los campos de batalla. Quiero decir la *guerra social* en cuyas vísperas estamos, digan lo que quieran los partidos reaccionarios de derecha e izquierda.

Los negros son un símbolo del retroceso en que hallaremos a la humanidad en esta lucha.

Sean nombrados aquí algunos, muy pocos, detalles:

La Federal Security Administration en Washington dió trabajo en el año 1941 a 80.000 individuos sin recursos, por cuenta del Estado. Entre los afortunados hubo apenas 1% de negros a saber: hasta 853; con todo, no hay duda de que hubo más negros sin trabajo que blancos y es bueno recordar que la población negra no supone el 1% de la población total, sino el 10%.

Las dos grandes centrales sindicales de U. S. A. se distinguen, entre otras cosas, en que una es estrictamente "daltoniana", mientras que la otra le niega la entrada a todo negro. ¡Vieja música para un oído europeo! En la república alemana designábamos a ambas clases de sindicatos como proletarios y proletarios de cuello duro.

Aquí podía hablarse de un sindicato "con conciencia de pigmento". Era la tendencia hacia lo pequeño-burgués frente a todo problema nuevo, una tendencia que acompaña a toda revolución y a todo progreso como una mala sombra.

El propio negro, como todo ser oprimido, aceptaba ampliamente la discriminación. Las boticas de Haarlem pregonaban tinturas para la piel. Los peluqueros se brindaban para dominar las ondas de las negras pelambres definitivamente en forma de lisas y obedientes cabelleras blancas.

Un médico negro, con el que conversé durante toda una noche, dijo que haría lo posible por abrir su consulta en los barrios de los blancos. Riverside Drive era su sueño; aquél sería el mejor servicio que prestaría a su raza, "demostrar que también un negro puede ser buen médico".

Una hoja de parra transparente. Al alba reconoció que sólo era una escapatoria, rayana en la traición; me citó las altas cifras de la mortandad infantil en los hospitales de Haarlem, confesó casi con lágrimas que, a pesar de todo, él siempre miraba "hacia afuera" y que todas las ventanas estaban negras como si para un hombre de color hubiera crespones de luto en todas partes. Añadió todavía que había estudiado en Berlín bajo los nazis y que en todas partes fué bien tratado. Después me despidió súbitamente. Su gesto fué brutal. Era poco menos que una expulsión. Se arrepintió de haber hablado tanto delante de un blanco. La sonrisa de su boca era fría como los labios de un muerto en *rigor mortis*.

Me empujó hacia la puerta como un volcán empuja la lava delante de sí. Quiso mantener a distancia al extraño. Le

ví volverse; apenas podía andar, tan pesados estaban sus miembros. Nunca volví a verle.

Tampoco podría haber indicado una solución. El mismo estaba demasiado enfermo para poder nombrar un remedio. Al comienzo de la velada le pedí colaboración para una campaña destinada a poner en libertad al poeta negro de Haití, Romain; el Partido Comunista dirigía la campaña. —"Os da por la libertad para después estar igualmente encerrando gentes", dijo el médico. —"Romain arrojará a miles en la prisión si llega a tomar el poder". Lo dijo con desprecio; odiaba a los revolucionarios negros más que a los opresores blancos. Pero en mí odiaba al liberal que se atrae a sus propios verdugos. También le estorbaba la compasión; le destruía su gran sueño burgués. Le hacía cobrar conciencia de su posición y dar gritos; era como un niño que se había herido y que sólo después de oír las palabras de consuelo maternas se da cuenta de que está sangrando.

Aprendí de él una cosa: los oprimidos prefieren el amo azotador al consolador de almas. El amo al menos no le priva al esclavo del derecho al odio oculto. La vida, arrogante y brutal, que anda por ahí con el látigo, es la víctima del mañana, es el objeto de la *vengeance* a la que aspiran todos los pensamientos reprimidos. El "amo" se desahoga en vilezas, se degrada por debajo del esclavo y con frecuencia le ofrece al esclavo, hasta ante su muerte, el sentimiento de superioridad moral.

Pero la dama caritativa que va a los *slums* de los negros y que quiere llorar con ellos, huele a superioridad dulzona, difícil de soportar.

El calor que irradia un liberal sobre sus víctimas no funde el hielo de la desconfianza. A este hielo habrá que aplicarle rayos más intensos. El negro quiere que se le devuelva su paraíso. El paraíso donde, bajo las palmeras, se sentaba el más anciano de la aldea, señalaba el cielo tropical y cantaba la abundancia de la tierra: eran tiempos cuando no hubo todavía Bancos en Wallstreet, ni compañías fruteras que prefieren cebar a un dictador antes que dar de comer a cien negros trabajadores. Entonces cantaba el más anciano del pueblo: "La alegría es de los negros".

Entonces nadie le había enseñado al negro el complejo de su inferioridad. Hoy está lleno de este complejo y por esto no le sirve la sola liberación de su miseria económica; necesita liberarse de sus propios prejuicios, de los efectos del veneno que el blanco le ha inyectado.

Es un veneno que corre por las venas de todo proletario, de todo oprimido. Crea categorías intermedias que entorpecen mucho la marcha de las masas hacia sus mundos nuevos, hacia sus países libres.

En el mismo año en que tanto me acerqué a los negros, que desde entonces mi corazón no puede olvidarlos, vimos *un ejemplo* particularmente conmovedor de cuán profundos pueden ser tales prejuicios en los oprimidos. Hablo de los indios de México que nos rodean desde hace cuatro años, que a veces son serviles como bestias apaleadas, a veces dignos e inescrutables como una montaña andante.

Una mujer joven nos ayudaba en la casa, situada en el borde del frío mar de lava del Pedregal. Tenía el perfil de una princesa azteca y una dignidad que muchas veces nos llamó la atención, ya que la conservaba hasta en los trabajos más sucios.

Un día no se presentó ni en casa ni en la de los vecinos. Sin ella no hubo modo de mantener las casas limpias, así que nuestras mujeres fueron a verla.

La encontraron en una choza de lata, acostada en una estera. Junto a ella tenía un niño recién nacido, ya morado después de varias horas de llorar. La india no tenía leche por haberse ceñido la cintura y, en general, trabajado en exceso hasta el último instante. La vecina, una europea, había igualmente dado a luz una niña hacía poco y tenía mucha leche. Abrió sin más tardar la blusa y le dió de mamar al niño indio.

Fué uno de aquellos instantes en que la propia naturaleza dicta las leyes y en que los prejuicios caen como cadenas molestas. En el cuarto no había sino mujeres, madres. Ante la pena clamante del niño desaparecen las razas. ¿Lo comprendió la india así?

Con los ojos muy abiertos miraba el blanco pecho de la visitante. Después dijo en voz baja, en la que se mezclaban horriblemente la vergüenza, el fastidio, la gratitud y la humillación:

— “A h o r a t o m ó l e c h e f i n a ” —

Leche distinguida. ¿Es que su propia leche, que ya había dado a tres hijos, era negra? ¿Es que no veía que ya no había motivo alguno para sentirse humillada, que en la pequeña estancia, en la que soplaban el viento del volcán Ajusco, no reinaba sino la *humildad ante el milagro del niño*?

“Leche fina”, repitió. Fué como un reproche que llegaba a través de una niebla impenetrable.

Luis Franco

Hacia lo venidero

Donde el hombre es la mayor lejanía del hombre
(por él amas la bestia y la flor y has inventado a DIOS)
llueve cenizas y se huele a fosa.

Insondablemente me arrojé hacia lo venidero,
y veo multitudes que han salvado el rebaño,
que hicieron abdicar al dios Número,
tan libres que la comunidad,
como la luz en los árboles del bosque,
sólo esfuerza su altivez vertical.

Y yo puedo confiarme enteramente a ellas
sin mermar la órbita de mi corazón y mi destino,
y no soy ya como una bestia del monte
acorrallada por la soledad.

Miro la luz por tus ojos, en su abrazo palpo el mundo.

Os canto por lo que obligaréis a ser al mundo,
voluntarios del trabajo engrillado:
os saludo por la levadura que sois,
por el pan que vuestras manos amasarán un día.
Ya los cuatro vientos del mundo sólo quieren vuestra bandera.

Artesanos, mineros, troperos, marineros,
labriegos, peones, deshollinadores, limpiadores de calles y cloacas:
conozco vuestra labor, o la hice, y os acompaño en ella;
vuestro trabajo es el menos indigno de todos
y sin embargo lo ensombrece y lo mancha
el alma agachada con que lo haceis, de siglos,
el agachado canto con que le dais ayuda.

¡Yo anuncio trabajos regidos por canciones de alegría altiva e
[inocente
como los pájaros en el andamio de las ramas!

Pregunto por el más bajo y salvaje de los hombres,
el más ensuciado por el desprecio ajeno y el propio,
—no conozco ningún hombre que no pueda ser un héroe o padre
[de un héroe—
para poner confiadamente mi mano sobre su hombro,
porque, yo soy demasiado parecido a él
y no sé donde están los que son diferentes.
(Con su inminente rescate me alumbro
como el árbol sombrío con el canto del pájaro antes que el alba
llegue).

Arrimado a la roja cordialidad del fuego,
en la cocina negra,
mientras el pan se asa en el rescoldo como treinta siglos atrás
y se hace dulce la comunión del mate amargo:
los labradores y los campeadores y sus mujeres y niños
se mantienen como en guardia creyéndome acaso lejos de ellos,
mientras yo les ofrezco mi corazón de umbral.

Centenario de una amistad ejemplar

La amistad que unía a Marx y Engels estaba libre de cualquier fondo de miseria humana; cuanto más se entretrejan sus ideas y su obra, más resaltaba la personalidad de cada uno de ellos.

FRANZ MEHRING

A principios de Septiembre de 1844, un joven escritor alemán, de Barmen, llamado Federico Engels, que dos años antes había colaborado en las columnas del inolvidable *Rheinische Zeitung*, de Colonia, sin ver más que una sola vez y en forma equívoca, según parece, a su admirado Jefe de redacción, el doctor Carlos Marx—medio lustro apenas mayor que él—le hace una detenida visita en su primer destierro, en París, a tiempo que ambos reciben el mismo encubierto ataque de Bruno Bauer por sus respectivos artículos de los Anales Francoalemanes.

Fué, de seguro, en aquellos diez días de genuino coloquio en el corazón del mundo,—atento Engels durante horas a las andanadas teóricas de Marx contra todos los Bauers de la teología, y éste a las profundas experiencias industriales de su paisano y colega en Inglaterra—que la naciente alianza, sin paralelo en la historia, surge a la vida para siempre.

La condigna obra esclarecedora que allí emprenden Marx y Engels no tendrá fin hasta la muerte del último, al cabo de diez lustros. Otros tantos lleva ya de vigencia en nuestra época.

Pero no es en 'La sagrada familia', ni en la "Ideología alemana", ni siquiera en el célebre "Manifiesto" donde hay que buscar la clave de aquel entusiasta entendimiento, sino en la espontánea "Correspondencia" establecida entre Marx y Engels, a partir de Septiembre de 1844.

Este grandioso epistolario que, incompleto, abarca en la traducción francesa de J. Molitor nueve volúmenes, forma desde un principio, además de una sucinta historia de las relaciones personales e ideológicas entre Marx y Engels, un verdadero índice de lo que ambos pensaron sobre algunos de los hombres y acontecimientos más destacados de su tiempo. Sin embargo, su testimonio rara vez encuentra eco en los críticos burgueses. Y eso que Marx y Engels como escritores dieron el buen ejemplo, admirando el primero a Balzac y defendiendo el segundo a Goethe. Pero, ¿qué mucho, si hasta su comprensivo afecto por Heine, a quien, como es sabido, trataron muy de cerca en París, no conmueve a los biógrafos del gran poeta?

El fino ensayista norteamericano, Edmund Wilson, ha logrado explicar dicho fenómeno en su libro *To a Finland Station*, del que oportunamente anticipamos un capítulo. (Ver "Humanismo marxista", BABEL N.º 7).

Al comienzo de otro, Wilson afirma literalmente:

There are several reasons why Marx and Engels have been inadequately appreciated as writers. Certainly one is that their conclusions ran counter to the interests of the classes who read most and who create the reputations of writers.

Y allí mismo, antes de agotar el asunto, agrega estas líneas de gran perspicacia:

The tendency to boycott Marx and Engels on the part of literary historians as well as on the part of economists has given a striking corroboration of their theory of the influence of class upon culture.

En verdad, el aislamiento póstumo de los autores del "Manifiesto comunista" es sólo una prolongación del que fueron objeto en vida por idénticos motivos. No obstante haber inspirado uno de los movimientos sociales que mayor número de adeptos cuenta en el mundo, Marx y Engels fueron siempre comprendidos por muy pocos, dentro y fuera de su país.

Al principio, hay indicios para creer que Marx y Engels no dejaron de ilusionarse con un amplio movimiento de masas a su alrededor.

En Bruselas, que llegó a ser el cuartel general de sus partidarios, lo intentaron directamente y desde un periódico extraño. Luego, de vuelta en Alemania, se dieron de lleno a sacar con algunos amigos el *Neue Rheinische Zeitung*, de feliz memoria. Pero pronto la reacción prusiana descargó sus golpes contra ellos; y Marx, como dueño y responsable, hubo de salir arruinado de Alemania, después de pagar de su peculio las deudas contraídas en la imprenta.

Muchos años más tarde, al advertir los primeros síntomas de un resurgimiento de la clase obrera en Europa, el veterano historiador de "El dieciocho Brumario", escribíale a su aguerido colega desde Londres, echando una hojeada retrospectiva sobre su pasado común:

"Pero las ilusiones inocentes y el entusiasmo casi infantil con que saludábamos antes de 1848 la era de la revolución, se han ido a todos los diablos. Viejos camaradas como Weerth, etc., han muerto; otros se han dado vuelta la chaqueta o tomado por mal camino y no se vé aparecer nuevos reclutas. Por lo demás, sabemos ahora qué papel juega la necedad en las revoluciones y cómo la explotan los sinvergüenzas".

Este hacer a un lado a quienes pretendían aprovecharse de la lucha histórica del proletariado para otros fines que los de su emancipación, es una nota constante a lo largo de la correspondencia entre Marx y Engels, que no desaparece hasta que su círculo se reduce a unos pocos amigos seguros y finalmente a ellos mismos. No era por cierto fácil entonces, y menos lo es ahora, descubrir hombres de tanta envergadura moral y espiritual en la lucha política. Así pues, el encuentro de Marx y Engels es de suyo un acontecimiento memorable, que hace honor al género humano.

En efecto, judío el uno, ario el otro, la "inteligencia" de Marx y Engels significa el primer mentís europeo a la sangrienta especulación de los racistas anglo-franco-alemanes.

Pero, como es sabido, mientras aquellos visionarios negaban el "socialismo de los necios", fundaban el de los trabajadores internacionales sin vallas de ninguna clase. Una obra gigantesca que junta sus nombres en forma indisoluble para siempre.

Ahora bien, el lector que aun sin compartir sus ideas, quiera saber cómo y a costa de qué sacrificios Marx y Engels lograron llevar a cabo esta obra, debe familiarizarse con su monumental epistolario. Allí aparecen de cuerpo entero los padres del "socialismo científico". Carlos Marx, *el Moro*, para sus íntimos, —lento, inflexible, seguro; y Federico Engels, *el General*, entre sus guerrilleros— rápido, desprendido, modesto. Dos hombres extraordinarios en múltiples aspectos, conscientes de lo que se brindaban uno a otro con tinta o vino y capaces, ambos, de quedarse solos contra el mundo entero, si se sentían asistidos de razón para ello.

Esto último justamente, que los coloca por encima de cualquier demagogia, es lo que destacamos a continuación, pro domo, desde luego, en el centenario de su amistad ejemplar.

Marx y Engels
Correspondencia inédita

N.º 57

11 Febrero 1851

Mi querido Engels:
"Et toujours Crispin".

Acabo de saber que se ha efectuado esta noche un mitin en Tottenham Court Road con motivo de la muerte de Bem. Estaban en el proscenio, el presidente Schapper, etc., Luis Blanc y demás miembros del nuevo comité de la liga de los pueblos. En las primeras filas del auditorio veíase a Harney y su mujer. El grueso del público fué suministrado por la Greatwindmillstreet. Schapper hizo en inglés, en medio de aplausos, su discurso inevitable: ¡guerra a cuchillo! Luis Blanc no estuvo mejor. ¡Viva la guerra! También se hallaba allí Tausseau y habló de Bem. Harney pronunció un largo discurso— que según dicen fué bueno— para concluir proclamando a Blanqui, Barbés, y por último a Luis Blanc el mesías socialista.

¿Qué te parece?

Si tu tomaras la palabra en un mitin presidido por Th. Clark Esq. y por tu presencia y tu discurso, constituyeras el valor real del mitin, ¿encontraría leal este procedimiento el amigo Harney?

No le basta, pues, con ensalzar a Ruge en su *Friend of the People*; todavía necesita empujar indirectamente a Schapper-Willich.

Me hizo llamar el Domingo pasado. Se trataba de insistir ante Jones para que aceptara el título de *Friend of the People*. No fuí. Para esto que se dirija a Luis Blanc, Landolphe, Schapper o Willich. Estoy cansado de ver a Harney incensar continuamente en público a *les petits grands hommes*.

Sin hablar siquiera del hecho de que Bruto-Harney si no toma partido contra nosotros hace apenas el imparcial, mientras que tú te prodigas por él en Manchester, que Eccarius colabora en su periódico y que hasta yo trato alguna vez de influir sobre Jones, me complazco del aislamiento público y genuino en que nos encontramos los dos en esta hora. Este aislamiento responde totalmente a nuestra posición y a nuestros principios. Se acabó el sistema de hacerse concesiones recíprocas, de tolerar, por cortesía, las debilidades, de compartir con esos asnos ante la gente el ridículo en que dejan al partido. Te ruego que me contestes pronto al respecto. Aquí no veo más que a Pieper, y llevo una vida muy retirada. Comprenderás, pues, cuánto te echo de menos y cuánta necesidad tengo de conversar contigo.

Tu K. M.

Jueves, 13 Febrero 1851

Mi querido Marx:

Yo me esperaba todo este asunto de Harney. Encontré el anuncio del mitin en honor de Bem en el *Friend of the People* donde se decía que iban a participar alemanes, franceses, polacos, húngaros. Esto evidentemente no podía salir más que de la Greatwindmillstreet y Cía. Me había olvidado llamar antes tu atención sobre dicho anuncio. Ahora no puedo ocuparme del asunto. Pero mañana le escribiré a Harney para que no publique el manuscrito que le mandé, porque no pienso continuarlo; al mismo tiempo le explicaré toda la historia detalladamente. Si esta carta no da resultado, habrá que dejarlo hasta que Harney se convenza él mismo, lo que no tardará mucho. Tengo motivos para suponer que vendrá a verme dentro de poco; entonces le diré claramente lo que ha hecho. Es necesario que comprenda por fin que también con él tomamos las cosas en serio. En todo caso, para ganar tiempo y evitar una copia te mandaré la carta para que se la remitas por la vía más rápida en cuanto la hayas leído.

Personalmente, esta estupidez y falta de tacto de Harney es lo que más me molesta. Pero en el fondo nada de esto tiene importancia.

Por fin, volveremos a tener— y por primera vez desde hace mucho tiempo— ocasión de demostrar que no necesitamos de popularidad ni del “apoyo” de un partido cualquiera en cualquier país y que nuestra posición es absolutamente independiente de bagatelas de tal género. En adelante sólo seremos responsables de nosotros mismos; y, llegado el momento en que les hagamos falta a estos señores, estaremos en situación de imponerles nuestras propias condiciones. Hasta entonces, a lo menos, estaremos tranquilos. De alguna soledad, *Mon Dieu*, gozo en Manchester desde hace ya tres meses y me he acostumbrado a ella, no obstante mi condición de célibe que, en todo caso, es muy desagradable aquí. Por lo demás resultaríamos unos desagradecidos en el fondo, si lamentáramos lo que los *petits grands hommes* nos evitan; ¿no hemos procedido desde hace años como si todo el mundo fuera nuestro partido, aún cuando no teníamos ni señas de partido y que la gente que considerábamos, por lo menos oficialmente, de nuestro partido, no comprendía ni siquiera los elementos de nuestra doctrina? ¿Cómo es posible que hombres como nosotros que huímos de las situaciones oficiales como de la peste, podamos pertenecer a un partido? ¿Qué nos importa un partido a nosotros que despreciamos la popularidad, que empezamos a dudar de nosotros mismos, no bien comenzamos a tener alguna? Verdaderamente, no saldremos perdiendo si dejamos de pasar por “la expresión exacta y adecuada” de las gentes limitadas a las que nos han asociado estos últimos años.

Una revolución es un acontecimiento puramente natural, que obedece a leyes físicas más que a reglas que determinan ordinariamente la evolución de la sociedad. O más bien, estas reglas revisten en las revoluciones un carácter mucho más físico y la fuerza material de la necesidad se manifiesta con mayor violencia. Y si se las toma en plan de representante de un partido, se es arrastrado en ese torbellino de la irresistible necesidad natural.

Sólo permaneciendo independiente y mostrándose en el fondo más revolucionario que los otros, se puede, por lo menos durante algún tiempo, salvaguardar la autonomía frente al torbellino que, sin embargo, nos arrastrará al fin.

Esta posición podemos y debemos ocuparla en la próxima contienda. No sólo ninguna situación oficial dentro del Estado, sino que tampoco, mientras sea posible, ninguna situación oficial dentro del partido, ningún puesto en los comités, etc., ninguna responsabilidad por los asnos, una crítica implacable frente a todos, y además, una serenidad que ninguna conspiración de los imbéciles pueda hacernos perder. Y esto lo podemos conseguir. En el fondo, siempre seremos más revolucionarios que esos hacedores de frases, porque algo hemos aprendido nosotros, mientras que ellos no han aprendido nada y, sabemos lo que queremos, mientras que ellos no lo saben y después de lo que hemos visto en el curso de los tres últimos años, debemos tomar los acontecimientos con mucho más frialdad que cualquiera de los interesados personalmente.

Por el momento, lo esencial es que publiquemos, sea una revista trimestral donde atacaríamos directamente y aseguraríamos nuestra posición frente a las personas, sea gruesos volúmenes, donde haríamos lo mismo sin necesidad siquiera de mencionar a ninguno de estos puercos. Tanto me da lo uno que lo otro. A la larga y ante la reacción creciente, la primera posibilidad me parece disminuir y la segunda constituir cada vez más nuestro recurso por el que debemos decidirnos. De qué servirán los chismes y las estupideces que toda esta canalla de emigrados puede hacer a tu respecto si tú respondes con tu Economía Política?

Mañana te mandaré la carta para Harney. Entre tanto, salud.

Tu F. E.

Eugenio González

El borrón de la hispanidad

Nunca parten de acá estas iniciativas de protección deprimente. Acá, por el contrario, sólo tenemos para España — y hasta el exceso — manifestaciones de simpatía y consideración. El vano sueño imperial, el recuerdo indiano, la carraspera conquistadora, son equivocaciones peninsulares. España no puede encabezar ningún imperio porque no es potencia en ningún dominio ni material ni espiritual.

LEOPOLDO LUGONES

Hablar de España es como hablar de nosotros mismos.

Cuando España—después de haber dado el tono, durante largos decenios, a la vida europea y de haber definido un estilo para sus creaciones espirituales—iniciaba en la Península el proceso de su inevitable decadencia, prolongaba en las comarcas de Ultramar, con un vigor restaurado por el contacto con las fuerzas primigenias del nuevo paisaje, un gran destino histórico.

Por eso, nada de lo que se refiere a España puede sernos extraño. Las sociedades de arisca fisonomía, que en fecundo estado de barbarie fueron surgiendo y multiplicándose por obra de sus hombres de empresa, estuvieron desde un comienzo impregnadas del espíritu español, vehículo en estas tierras de los valores de la cultura occidental. Pero, tales sociedades no podían ser el mero eco de la vida peninsular; al diferenciarse, en las peripecias de su particular evolución, no hicieron otra cosa que obedecer a ese “diseño de autenticidad”, tan característico de todo lo español.

La Independencia de América, fueren cuales fueren los factores que, en primer término, la determinaron, tuvo sobre todo una significación psicológica; nos separamos de España precisamente por ser españoles; al combatirla, demostramos mejor que de cualquier otro modo ser de su carne y de su espíritu. Luego, empezó España a redimirse en nosotros. Mientras ella languidecía bajo reyezuelos enfermos, roída por una aristocracia de-

cadente y una Iglesia rapaz, relegada a un papel subalterno en la política europea, provincia fronteriza de la cultura occidental, acá en nuestra América daban promisoros brotes sus viejas raíces, anunciando el lento germinar de una conciencia.

España, la España metropolitana, tuvo en su gran época una voluntad ecuménica que se manifestaba en el propósito esencial de incorporar almas a la comunidad cristiana. Los pueblos hispano-americanos han tenido, desde que iniciaron su existencia autónoma, una voluntad de humanidad. Ningún hombre puede sentirse extraño en América. El sentido humano del espíritu español ha alcanzado en nosotros, en virtud de condiciones objetivas especialmente favorables, la plenitud de su expansión.

Por lo mismo que sólo siendo profundamente americanos somos verdaderamente españoles, es decir, fieles a nuestra naturaleza y a nuestro destino, sentimos como un imperativo de conciencia la necesidad de luchar contra lo que tiende a falsear el ser de España, su vital autenticidad. El régimen imperante en España no hace otra cosa a pesar de su insoportable retórica nacionalista. Regresivo, postizo por lo tanto, ha levantado sobre el duro sojuzgamiento de las grandes masas un andamiaje de mitos inoperantes, de los cuales pretende servirse para restaurar situaciones históricas superadas, olvidando en su frenesí reaccionario que el tiempo es irreversible y que la tradición sólo se actualiza en lo que puede tener de incentivo para la creación de inéditas formas de vida.

Así, sus locuaces personeros suelen decir cosas tan pinforescas como estas que aparecieron en el editorial de uno de sus periódicos: "Exigimos las tierras descubiertas y conquistadas por nuestros conquistadores y que nuestros misioneros bautizaron con claros nombres españoles, y que recibirán en breve el honor de reintegrarse a nuestro territorio". Todo ello como expresión de esa "voluntad de imperio" de que alardea el falangismo en su programa confeccionado por bachilleres con lecturas sin digerir. Naturalmente, tales excrecencias periodísticas y programáticas nada tienen que ver con España ni con nosotros. Pertenecen a la

psiquiatría política, tan llena de casos sorprendentes en esta época convulsionada.

No, decididamente, el régimen franquista nada tiene que ver con España y su "hispanidad", es como casi todo lo suyo un mero fraude. La verdadera España, la España consciente de sí misma, sabe que las naciones que creara con su ejemplo de nación de naciones, mientras más se diferencian de ella, más fieles son a su propio designio. Ellas, al superarla, continuarán su voluntad histórica, acogiendo a los hombres de toda la tierra y preparando superiores realizaciones de cultura. La vigorosa fibra que hay en nosotros, los americanos, se manifiesta ante todo, como en los auténticos españoles, por el culto de los ideales humanos y no por una jactanciosa y grotesca aspiración al predominio.

No existe, por cierto, una raza hispánica como realidad biológica, pero sí hay un espíritu español como realidad cultural. Es este espíritu el que, considerablemente transformado por las exigencias de nuestra historia, alienta la vida colectiva de estos pueblos y la mantiene abierta a todas las fuerzas creadoras de la cultura moderna. Es este espíritu, también, el que en la propia España permanece inhibido. No ha de tardar, sin embargo, el día en que ha de recuperar su libertad de expresión y de creación. Entonces, el verdadero hispanismo no estará, como ahora, manchado.

Raza Calumniada

1.—Desde hace varios años asistimos a una campaña sistemática de prensa contra los mineros del carbón. El coro de vituperios recurre con cada nueva demanda, conato de movimiento o paro efectivo que éstos plantean en defensa de sus intereses gremiales o en resguardo del bienestar colectivo y del propio desarrollo industrial.

Fuera de los defectos que una generalización precipitada y superficial atribuye a las clases populares, como expresión y estigma de inferioridad congénita, racial o degenerativa, se imputa a los obreros del carbón la propiedad de exhibirlos en grado superlativo, agravada esta circunstancia por el propósito conciente de provocar el desquiciamiento de la producción con fines políticos.

Para dar visos de seriedad a estas críticas se exhuman guarismos, se divulgan gráficos y se esgrimen las opiniones autorizadas de ciertos técnicos, cuya independencia de criterio y veracidad en el problema se dan por descontadas sin mayor análisis. La táctica de impresionar a la "élite" intelectual con un impresionante artificio de aspecto científico es una de las más socorridas en la lucha de clases, pues provee a los indecisos y a los tráfugas de argumentos para justificar su debilidad o su consecuencia.

2.—El descenso de la productividad, en el presente caso la cantidad de carbón extraída por operario en la unidad de tiempo convenida, día o turno, es un fenómeno mundial. El término se presta a confusión cuando no se distinguen cuidadosamente los factores subjetivos y objetivos. Entre los primeros figuran la energía física y fisiológica desplegada por el obrero, su adaptación al instrumental de trabajo, herramientas y máquinas, y el empleo inteligente de éstas en la finalidad precisa de arrancar el carbón y de realizar trabajos destinados a permitir se extraiga en las máximas condiciones de rapidez y seguridad. Entre los factores objetivos debemos mencionar el equipo técnico, o sea el conjunto de máquinas, herramientas y dispositivos emplea-

dos en las diversas fases del proceso de extraer el mineral, la organización del trabajo y el ritmo de la preparación de nuevos campos carboníferos.

Las estadísticas de los principales países productores de carbón parecen desmentir el anterior aserto de un descenso de la productividad; pero los datos oficiales y los gráficos representativos dan únicamente un resultado global, la superposición de las dos tendencias, subjetiva y objetiva, que, al integrarse en el proceso de producción, dan lugar al fenómeno captado por las fuentes oficiales.

Incluso Alemania, que por su régimen totalitario está en condiciones excepcionales para obtener compulsivamente un alto rendimiento físico y fisiológico de los obreros, ha visto decrecer la productividad absoluta durante los tres años anteriores a la guerra del 39. 1) Un especialista competente y autorizado, el ingeniero H. Kuhlmann, en una conferencia dada en la Casa de la Técnica de Essen, analiza el proceso y llega a las siguientes conclusiones tocantes al futuro de la industria carbonífera en Alemania y a la posibilidad de un aumento considerable del rendimiento. 2).

Según el perito referido, el futuro inmediato de la minería carbonífera de Alemania debe resolverse en el frente mismo de trabajo. Se ha mejorado notablemente el transporte interior, la extracción por huinches y el equipo de superficie; pero una mayor productividad depende primordialmente de los métodos y equipo en los frentes de arranque. La naturaleza geológica de los yacimientos de Alemania, con sus mantos de escaso espesor en muchos casos, de fuerte manteo (inclinación) y muy fallados (dislocados), presenta un contraste desventajoso con los potentes mantos, prácticamente a nivel, de los Estados Unidos, que se encuentran, además, a escasa hondura. Estas diferencias bastan para explicar el atraso relativo del arranque mecánico en Alemania, donde las grandes máquinas al estilo norteamericano son inaplicables. El mismo trabajo con circadoras (máquinas que rebanan el carbón, facilitando de esta manera el arranque de los bloques), tal como se practica en ese país, presenta serias dificultades en los mantos muy inclinados, fuera de que su empleo es muy limitado en las minas en que el tradicional pico del barretero es la herramienta principal. Donde esta herramienta domina, no puede haber un aumento de la productividad por hombre-turno y no habrá disponibilidad de mano de obra para intensificar otras ramas de la producción; pero el ingeniero Kuhl-

mann prevé un reemplazo más o menos total de los picos, herramientas simples, por máquinas. Equipos al estilo americano son inaplicables bajo las condiciones imperantes en Alemania; sin embargo, una mecanización completa del frente de arranque es el único medio práctico de aumentar el rendimiento del trabajo. Para lograr este resultado, se impone la creación y desarrollo de equipos mecanizados capaces de arrancar y cargar simultáneamente el carbón en espacios abiertos estrechos, permitiendo al mismo tiempo el trabajo de sostener en el acto los techos nuevos en descubierto y que reduzcan al mínimo los trastornos en las condiciones de la roca encajadora y del carbón "in situ".

Ya antes de la guerra se habían realizado progresos importantes en el sentido previsto. En la mina de Rheinpreussen se efectuaron las primeras pruebas con una máquina en verdad notable. Se trata de un conjunto que comprende una circadora de cadena, un barreno de movimiento vertical que corta en rebanadas el carbón circado por debajo, y de un transportador de rastras continuo que recoge el carbón arrancado y lo descarga en una correa frontal. Esta correa es doble, y en un corte a lo largo del frente desempeña dos funciones: transporta el carbón y en sentido inverso la broza o "tosca" (roca sedimentaria, generalmente arenisca comprimida, que encaja un manto de carbón o se intercala entre los diversos mantos) para el relleno. Una máquina del tipo arrojadizo toma este material y lo lanza al interior de la cavidad resultante de arrancar el carbón. El conjunto entero representa un progreso enorme hacia la meta de una mecanización absoluta.

Naturalmente, estos conjuntos mecanizados exigían una técnica especial para su empleo eficiente. Las nuevas modalidades del trabajo incluían también nuevos métodos de sostén del techo, (la capa sedimentaria estéril en contacto con la cara superior del manto de carbón y que es muy caediza). Como era de esperar, las pruebas preliminares no se vieron libres de tropiezos como lo exige una producción continua.

Mientras se perfeccionaban y generalizaban estas máquinas, Alemania se esforzó por mejorar el rendimiento con los métodos existentes mediante un desarrollo notable de diversos dispositivos de transporte, especialmente adaptados a mantos delgados, que contribuyeron a incrementar la producción por cuanto facilitaban la carga y reducían el desmenuzamiento. A estos progresos mecánicos se agregaron otros en las varias etapas del proceso de movilizar el carbón en las galerías y de ex-

traerlo finalmente a la superficie. Sin embargo, el comentarista inglés del periódico citado, concuerda con el perito alemán en que una mayor expedición en la carga, en las diversas fases del transporte interno y en los piques maestros, a lo sumo reduce las mermas y elimina obstáculos en la extracción, y admite con aquél, en que el problema fundamental sigue siendo el de una mecanización más completa de la producción en los frentes.

3.—No basta el progreso de los factores objetivos: la mecanización, la organización correspondiente del trabajo y un ritmo acelerado en la apertura de nuevos campos. Sin una acción simultánea y convergente sobre los factores subjetivos, se malogran en gran parte las ventajas del progreso tecnológico y hasta puede ocurrir que fracase la aplicación de nuevos dispositivos y métodos de trabajo. Tal ocurrió con el primer intento de mecanización sistemática del frente de explotación en la mina Anita de Lebu, en 1924. Se importó un equipo moderno de circadoras livianas de columna y de canaletas oscilantes accionadas por motores de aire comprimido. Se contrató al mismo tiempo en Alemania un grupo de obreros y técnicos especializados para instruir a los operarios chilenos en el manejo de estas máquinas e implantar la organización respectiva. Desgraciadamente, la insuficiencia de los sondajes estructurales (destinados a establecer la disposición de las capas, la continuidad de los mantos y la posición e importancia de los accidentes tectónicos o de estructura) previos a la ubicación del pique maestro, fué causa de que éste se profundizara en una zona muy dislocada. No se encontraron mantos continuos sino fragmentos de mantos, con frecuencia de posición divergente, y no se dispuso de frentes de bastante longitud para aplicar con éxito indiscutible los nuevos elementos de trabajo, en particular las canaletas oscilantes.

Sin embargo, el saldo de experiencia fué valioso. Si no se aprovechó, con grave daño para el desarrollo de la industria del carbón, hay que buscar la causa en la resistencia que encontró entre los profesionales de Chile este primer intento de mecanización del frente. Es verdad que el material, sobre todo las circadoras, presentaban algunos defectos: pero éstos eran a la larga subsanables. El factor decisivo fué la incomprensión entre los especialistas contratados y los técnicos chilenos, imputable, a decir verdad, a la falta de condiciones personales de los iniciadores germánicos.

De haber primado un criterio objetivo entre nuestros connacionales, se pudo haber apreciado la importancia relativa

de los factores que contribuyeron al fracaso, a saber, la naturaleza geológica del distrito carbonífero elegido, las deficiencias del material, la desorganización del trabajo y las incompatibilidades subjetivas. Un análisis de estos factores debió lógicamente llegar a la conclusión de que, aplicada en un campo carbonífero más uniforme, eliminadas ciertas deficiencias del material, y mediante condiciones subjetivas favorables, la mecanización ensayada en Lebu presentaba grandes posibilidades, dignas de nuevos ensayos. Se prefirió la cómoda solución de condenar el experimento en bloque, tanto por pereza mental como por salvar la parte de propia responsabilidad en el fracaso.

Este capítulo de la historia del carbón en Chile aporta serios argumentos a nuestra clase obrera para demostrar la incompetencia de la dirección, término éste con que designamos las cabezas responsables y los órganos que expresan el poderío y la voluntad de los sectores dirigentes de la burguesía nacional en el terreno económico y político. El concepto comprende también al personal superior y administrativo de las empresas industriales.

4.—Es oportuno analizar más detenidamente el problema que nos preocupa en su aspecto subjetivo, para nosotros fundamental. Según el ingeniero Dr. Koeppen, ³⁾ el notable descenso de la productividad durante los tres años anteriores a la guerra se manifiesta principalmente en el Ruhr, lo que acentúa su gravedad, por ser este distrito el que suministra casi el 75 por ciento de la producción total de Alemania. La causa de esta decadencia, según el mismo profesional, es la contratación de muchos obreros sin experiencia en la minería o con su destreza y capacidad muy disminuidas por largas ausencias de la mina. Ahondando el tema, varios informes presentados a diversas sociedades técnicas a mediados de 1939, sentaban la conclusión de que sólo se conseguiría un progreso notable si, conjuntamente con innovaciones radicales en los métodos de explotación, se adoptaba una política de gran aliento para la educación sistemática de los aprendices. ⁴⁾

Los esfuerzos realizados en este sentido en los Estados Unidos y Alemania, las dos naciones que han llegado al más alto grado de industrialización y eficiencia técnica, revelan una identidad tal de inspiración, métodos y propósitos, que vale la pena dar algunas informaciones al respecto. Citaremos dos ejemplos ilustrativos: ⁵⁾ el plan elaborado por un comité del Instituto Americano de Minería y Metalurgia con la cooperación de varias

compañías carboníferas, y el que se implantó en una empresa alemana (Harpener Bergbau). Ambos planes coinciden en atribuirle gran importancia a la tarea de inculcar a edad temprana una apreciación de las necesidades y oportunidades de la industria, y de crear una disposición de espíritu favorable al trabajo subterráneo. Por lo demás, el objetivo principal es proveer una sólida enseñanza de la práctica del laboreo, que se simultanea con una instrucción técnica general adaptada a las necesidades fundamentales de los obreros, cualquiera que sea su destino ulterior: el trabajo permanente en las filas o el desempeño de funciones directivas.

Las compañías que cooperan con el comité americano prestan una ayuda especial a los hijos de sus empleados y obreros bajo la forma de becas, fondos de préstamos y otros medios similares. El plan comprende trabajo durante las vacaciones y después empleo permanente en las minas. Para esta fase de la instrucción, la compañía Harpener Bergbau ha reservado un distrito adecuado en una de las minas de Bochum con el propósito exclusivo de instrucción práctica subterránea. Allí, en una serie de cursos graduados, bajo la dirección de mineros experimentados, se familiarizan los jóvenes con las condiciones, equipo y métodos del interior, sin interferir con el trabajo normal del resto de la mina. Al mismo tiempo se les imparte una instrucción teórica y general afuera. Ambas fases de la preparación constituyen un curso de tres años, cuya finalidad es acelerar el suministro de reservas frescas entrenadas a la industria, conservando y aún extremando los requisitos de admisión como único medio, según recalca el comentarista británico, de obtener un aumento de la productividad subjetiva.

5.—El desarrollo del tema nos lleva naturalmente a plantearnos la cuestión de la idoneidad del elemento humano disponible en nuestras minas. Recurriremos a testimonios cuya autoridad no se preste a discusiones.

En el siglo pasado contamos con las valiosas observaciones del ingeniero inglés, capitán Francisco B. Head, en "Las Pampas y Los Andes". ⁶⁾ Su descripción llena de colorido de los trabajos y condiciones de vida en la mina de plata San Pedro Nolasco, cerca de San José de Maipo, es uno de los capítulos más notables e impresionantes de la obra. Después tenemos los apuntes de Miers en sus Viajes por Chile y La Plata (1826); de Darwin, en su Viaje alrededor del mundo; de Domeyko, en sus clásicos tratados. Entre los chilenos, mencionaremos a Vicuña Mackenna y

sus célebres "Libros de Oro", "de la plata" y "del cobre". Su semblanza del cateador es una de las más bellas páginas de la epopeya del desierto.

Sin embargo, como aquellos testimonios dejan subsistente la hipótesis de una decadencia del minero en cuanto a sus condiciones físicas y de utilidad técnica y social, apelaremos a testimonios más recientes.

En Febrero de 1925, el Instituto Americano de Minería y Metalurgia celebró una sesión en que se discutió una memoria presentada por uno de sus miembros sobre métodos de laboreo en el distrito de Zaruma, en el Ecuador. Se hallaba presente el reputado profesional Fred Hellmann, a la sazón ingeniero asesor de los Hnos. Guggenheim, que había llegado a la notoriedad por sus trabajos en el Africa del Sur, más tarde por su brillante administración de Chuquicamata en Chile y, luego después, por su intervención en la empresa estañífera de Caracoles en Bolivia. Como el autor del artículo en discusión, el ingeniero Rodolfo Emmel, hiciera recalcar el bajísimo rendimiento del minero ecuatoriano, terció Hellmann en el debate y manifestó lo siguiente: 7).

"Mi experiencia en las minas de América del Sur ha sido muy distinta. Los chilenos se comparan ventajosamente con los perforistas de cualquier parte del mundo. Considero al chileno como uno de los mejores del mundo".

A una pregunta de R. M. Raymond, profesor de explotación de minas de la Universidad de Columbia, sobre los méritos respectivos de los mineros bolivianos y chilenos, contesta Hellmann: "Los bolivianos no pueden compararse con los chilenos. No son con mucho tan inteligentes".

El autor del artículo debatido cierra la discusión en estos términos:

"En cuanto a la eficiencia del minero chileno, debe tenerse presente que el chileno trabaja bajo condiciones del todo diferentes de las que prevalecen en el Ecuador. El chileno es el producto de la zona templada, es física e intelectualmente muy superior al minero ecuatoriano, y ha sacado partido de un contacto mucho más íntimo con los trabajadores y métodos americanos y europeos. Todos sabemos que el mejicano, en competencia con obreros americanos, se ha desarrollado en forma tal, que trabaja codo a codo con los mineros de todas las nacionalidades en los Estados Unidos, y ha reemplazado en gran parte a la mano de obra cara en todo el Oeste. Chile es un país muy cosmopoli-

ta, es una de las naciones más adelantadas de Latino-América y no hay duda que los obreros chilenos han aprovechado las ventajas consiguientes. En lo físico, el obrero ecuatoriano es un pobre ejemplar; siente el peso de generaciones de enfermos de lombriz intestinal (anquilostomiasis) y malaria y de otras dolencias, trabaja en minas calurosas, mal ventiladas y no ha conocido el contacto y la emulación estimulantes del mundo exterior".

En breves y certeros rasgos, el técnico extranjero distingue las condiciones del medio físico y social responsables de la inferioridad del obrero ecuatoriano, su colaborador en la explotación de las riquezas del subsuelo tropical. Ni una palabra de condenación o de farisaica suficiencia. ¡Qué lección encierra esta escueta probidad objetiva para nuestros profesionales del nuestro y del menosprecio!

Algunos años más tarde, otra agrupación profesional de los Estados Unidos, la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles, premiaba con una medalla de oro al ingeniero hidráulico W. B. Saunders por sus trabajos en nuestro país e insertaba en actas de la institución su notable memoria sobre "La construcción de la cañería de La Ola en Chile". 8) Esta obra de ingeniería se realizó en las minas de Potrerillos, de la Andes Copper Mining Co., subsidiaria de la Anaconda. Al referirse al obrero chileno, Saunders se expresa en los términos siguientes:

"El obrero chileno, dirigido en forma adecuada (properly handled), se compara muy ventajosamente con el obrero en los Estados Unidos". Y más adelante apunta estas observaciones: "A menudo se le daba un contrato a un capataz, y éste a su vez compartía las ganancias con los obreros. Se contrataban trabajos especiales con operarios aislados o grupos". "Una clase distinta y notable de obreros en esta empresa", prosigue nuestro informante, "se destinó exclusivamente al transporte de la cañería y materiales. Estos hombres constituyen casi una clase aparte y su trabajo es un oficio propio, que se transmite de generación en generación en la misma familia. Se consideran superiores al obrero corriente y no aceptan trabajar como éste. Es un conjunto de hombres curtidos y duros, que preparan sus propios alimentos en el camino y duermen de noche bajo sus carretas, cualquiera que sea el tiempo".

De la competencia de los obreros y de la facilidad con que se adaptan a nuevos oficios, se expresa en términos elogiosos: "Hay pocos carpinteros de obra gruesa y moldes (se dió término a la obra en Noviembre de 1926; la escasez de carpinte-

ros para concreto armado se explica por la construcción de la gran oficina salitrera Coya Norte, hoy María Elena, L. D.), pero abundan los carpinteros de banco. Se adaptan especialmente a la construcción de muebles y trabajos similares. Son lentos; pero logran productos espléndidos. Los mecánicos no abundan y fué necesario seleccionar elementos entre los mejores operarios y especializarlos en remachaduras. Estos hombres son por naturaleza vivos y diestros con sus manos, de manera que al concentrarlos en un trabajo determinado, y dándoselo a trato, pronto adquieren eficiencia”.

En el curso de la discusión que originó la memoria de Saunders, los ingenieros H. L. Thackwell y W. E. Rudolph contribuyeron con algunos antecedentes y comentarios muy dignos de transcribirse, por cuanto completan el cuadro de la extraordinaria adaptación del minero chileno a su medio físico, aún bajo condiciones hartamente duras y adversas. Dice al respecto el primero de los nombrados:

“Todos los víveres debían traerse de fuera, a causa del clima árido, impropio para la agricultura. La falta de verduras ha convertido al minero nortino en carnívoro y consumidor de proteínas. Los obreros chilenos, son fuertes y competentes y, por muchos aspectos, nos recuerdan a los japoneses; son bajos, macizos y pueden llevar cargas pesadas con facilidad sin cansarse”. “Los mineros chilenos que trabajan a mano en los túneles, consiguen los mismos avances que el minero corriente del oeste de los Estados Unidos siempre que utilice las mismas herramientas y métodos”.

Rudolph consigna la sorpesa que le causó la superioridad de adaptación al medio físico del minero chileno sobre el indio boliviano autóctono, en términos admirativos: “Más tarde, las filas raleadas de los obreros fueron en parte rellenadas con aborígenes de Bolivia, propiamente indios, de las pequeñas posesiones agrícolas de los valles cordilleranos. Estos “pueblos” viven bajo el régimen de comunidad” como en los días del Inca, y no tienen contacto, o apenas, con el mundo exterior. Fué necesario obtener permiso del jefe de cada pueblo para contratar a sus hombres. Era de suponer que los indios aborígenes, acostumbrados a la altura y al clima duro del altiplano andino, demostrarían una superioridad notable sobre el obrero chileno corriente. No fué así. Generaciones de matrimonios consanguíneos habían producido su efecto sobre los indios. Los chilenos obtenían bonificaciones de 25 por ciento y más en sus contratos, mientras que

los indios apenas ganaban su jornal. Cuando la obra se acercaba a su término, los obreros chilenos se habían aguantado firmes en medio de los recios temporales de viento y nieve, tendiendo y armando la cañería en las faldas expuestas de los cerros. Los indios habían vuelto a la vida más clemente de reparar sus catas de riego en los valles”.

Un dato interesante: la pericia de los obreros chilenos permitió armar la cañería al pié de la obra, y esto significó, según Saunders, una economía de quinientos mil dólares, o sea, quince y medio millones de nuestra moneda actual.

6.—Es oportuno concretar en cifras la productividad, porque esto permite cotejos libres de prejuicios o impresiones subjetivas. En 1923, la productividad en las grandes minas de cobre de las formaciones porfiríticas de los Estados Unidos, era de 150 a 190 libras por hombre y por día. ⁹ Según el *Yearbook of the American Bureau of Metal Statistics*, en 1941 la producción de las tres grandes compañías cupríferas establecidas en Chile se descompone como sigue:

	ton. cortas
Braden (El Teniente)	145.179
Chile (Chuquicamata)	239.034
Andes (Potrerillos)	103.886
Total	488.099

(La tonelada corta tiene dos mil libras y equivale a 908 Kg.).

Esta producción total equivale a 976.188.000 libras.

Los obreros empleados en estas tres compañías, según la estadística oficial del Departamento de Minas y Petróleo correspondiente a 1941, fueron 22,180.

Si aceptamos sólo 300 turnos al año por obrero, el número total de turnos será de 6.654.000, lo que arroja una producción de 146,7 libras por hombre y día. Esta última cifra es inferior a la real si consideramos que las tres grandes compañías de Chile emplean proporcionalmente más obreros de transporte que las similares en Estados Unidos, y utilizan, además, una categoría de obreros que aquéllas no necesitan a saber, los marítimos para las faenas de embarque y desembarque en puertos. Por eso, a partir de 1943, el Dpto. de Minas y Petróleo indica separadamente el número de obreros de transporte. Además, las leyes me-

días de las tres grandes minas chilenas en 1941 eran inferiores a las de los yacimientos porfiríticos de los Estados Unidos en 1923. Según Notman, a pesar de la alta ley de los yacimientos de Katanga, en Africa, la productividad es bajísima comparada con las de América, debido a la baja eficiencia de la mano de obra, compuesta en su mayoría por cafres. Con los reparos anteriores, la productividad del obrero del cobre chileno figura entre las más altas del mundo.

7.—Volvamos al carbón. Los testimonios y datos concretos que aportamos absuelven al minero chileno de toda responsabilidad. El equivalente de las condiciones bajo las cuales se afana el mísero minero ecuatoriano, la ausencia de dirección competente (¡properly handled!), he aquí las condiciones que explican el aparente bajo rendimiento del minero de Lota y Coronel.

Y no se arguya que los obreros del carbón pertenecen a una raza distinta, porque como observa Scott Elliot, "los que denigran a Chile, generalmente aluden a la diversidad de caracteres de las poblaciones que contiene la República. Estas diferencias han sido explicadas en cuanto ha sido posible en las páginas anteriores. Bajo muchos aspectos, seguirán subsistiendo siempre, porque ningún poder humano puede lograr semejanza entre los productos de Punta Arenas, Santiago y Arica. Pero el Gobierno es el mismo, porque es la aristocracia chilena la que gobierna al país entero, y en la casi totalidad de su extenso territorio se encuentra la misma clase obrera chilena, que es el más valioso capital de Chile". 10).

N O T A S

- (1) Colliery Engineering, vol. 16, N.º 189, Novbre. 1939, pág. 189.
- (2) " " " N.º 190, pág. 431,
- (3) " " " vol. 190, Dicbre. 1939, pág. 431.
- (4) " " " vol. 191, Enero 1940, pág. 1.
- (5) " " " vol. 193, Marzo 1940, pág. 58.
- (6) Londres 1826; traducción y prólogo de Carlos A. Aldao, Buenos Aires 1920.
- (7) Actas del A. I. M. M. E., vol. LXXII, 1925, pág. 447.
- (8) Actas de la A. S. C. E., vol. XCVI, 1932, pág. 230 y sgts.
- (9) Vol. ya citado del A. I. M. M. E.
- (10) G. F. SCOTT ELLIOT: Chile, su historia y desarrollo, rasgos naturales, productos, comercio y condiciones actuales; en inglés, Charles Scribner's Sons, Nueva York 1907, pág. 339.

Mercados y librerías

Mercados y librerías suministran el alimento material y el alimento espiritual. Buenos Aires no necesitaría de otros negocios para existir con dignidad. Los mercados han fijado su tipo desde hace muchísimos siglos y quizá, cuando el hombre haya dado entero el salto mortal de su historia, sigan tales como fueron para los fenicios. Sólo una emulsión del apetito o de las necesidades elementales puede hacer confundir a un mercado con una librería. Sin embargo, hay quienes salen de casa con algunos pesos para comprar vituallas, se meten en una librería que les sale al paso, y vuelven con un paquete de lecturas; otros llevan el propósito de comprar libros y entran en cualquier mercado del camino y salen con un volumen de comestibles. A uno mismo le han ocurrido las dos perturbaciones, a los veinte y a los cuarenta años. Unos son artistas y otros *gourmets*, salvo el caso de que hubieran trastrocado las funciones cerebrales y las intestinales. Para conciliar ambos extremos hubo librería en Buenos Aires que vendió los libros por kilo y en algunos mercados envuelven las hortalizas con las mejores firmas de los suplementos literarios.

Sí; el estómago y el cerebro están muy íntimamente unidos; uno es la flor de la planta humana, pero el otro es la raíz. Turró ha escrito páginas definitivas sobre la base trófica de la inteligencia.

El hambre y el hartazgo los experimentan el cerebro y el estómago casi con los mismos síntomas, y hasta hay una semejanza muy profunda entre el rencor y la repugnancia. Hay quienes tienen el cerebro caído en un prolapso que se percibe al tacto de sus producciones. Lo que puede explicar la confusión de los compradores y de los lectores.

En la filogenia y en la cultura la división del trabajo aparece muy tardíamente, no por obra y gracia de las decisiones gubernativas. Cuanto más dinero gaste el Estado para la cultura, mayor auge del comercio y cuanto más dinero circule más posibilidad de que se compren libros. A mayores posibilidades pecuniarias, mayores probabilidades de error. Entonces ya no se fija uno en donde se mete.

Aparece esa diferenciación cuando el lector es capaz de distinguir entre una novela y un pastel de hojaldre. Entonces las cosas se acomodan en su sitio sin empujárselas, y un escritor es un escritor, un mercader es un mercader y un impostor es una porquería.

Nuestras librerías están mejor surtidas que nuestros mercados, prueba convincente de que los gastrónomos están en minoría con relación a los lectores. Y otra prueba demostrativa: los libros argentinos valen más que los extranjeros, porque los libreros los tienen embalados en el sótano, que viene a ser como la caja de caudales de las librerías y lo que podríamos llamar el depósito de pensamientos reprimidos. En cambio, las conservas extranjeras están envasadas y la carne del país expuesta en los ganchos. Nuestro público prefiere los alimentos nacionales y los libros extranjeros, en lo cual acierta y demuestra buen gusto, pues tenemos de la mejor carne y de la peor literatura. Al fin, eso es lo importante, porque no haríamos nada con tener la mejor literatura si careciéramos de carne. Somos carnívoros y no bibliófilos, a Dios gracias.

Nada de esto da razón a un amigo mío, que cree que no tenemos escritores porque tenemos mucha hacienda, como si una u otra cosa tuvieran relación entre sí. El Gobierno dedica la misma atención a las artes y las letras que a la ganadería y la agricultura. Persigue con idéntica imparcialidad a los bichos dañinos y a los escritores perniciosos; a los buenos escritores les da oro a comer, designa a otros para que representen al país en cargos bien rentados, cuando hay langosta la combate y cuando muere un escritor extraordinario le edita las obras que dejó inéditas por falta de editor. De manera que andan las cosas bien barajadas.

Para cada cien comerciantes que se declaran en quiebra, apenas hay un escritor que declare su pasivo y su activo. Verdad que muchos sufren la misma quebradura, sin que eso les impida proseguir su negocio. Han descendido a la insolvencia total de ideas y de dignidad, pero siguen al frente de la fábrica, girando al descubierto. No hay ley de quiebras para esos fallidos. Verdaderamente son inmortales.

Otros abandonan temporarily o definitivamente el oficio. Suelen ser los mejores. Tienen respeto de buenos artesanos que no quieren envilecer su trabajo. Entre nosotros, todo escritor es otra cosa: empleado, periodista, corredor de comercio, rentista, corrector de pruebas. Tienen que transigir o que arrancarse la vida; unos se matan y otros se callan. Los demás trafican; entran a formar parte del gremio de los comerciantes-sirenas, que son por partes iguales dos cosas distintas.

Dentro del comercio de libros hay categorías, como entre los escritores: de nuevo y de segunda mano. Y el contrabando está en auge como en la época del cuero.

Hace muchos años, cuando el comercio no se había diferenciado aún, las carretelas que venían del interior trayendo cueros, cerda y sebo, regresaban llevando mercaderías y libros. "Martín Fierro" se vendía en los almacenes de campaña como un renglón más de los artículos de primera necesidad. Ahora en las librerías se venden ejemplares encuadernados con piel de vaquillona. En esa confusión de funciones los mercaderes vendían obras maestras con la misma naturalidad con que ahora los poetas venden baratijas de mercachifle. Cuando la voracidad elemental de la inteligencia es tan honda que se la confunde con la voracidad trófica del organismo, se compra o escribe indistintamente un libro o una compota. Al madurar con los años suele ocurrirnos otras correlativas confusiones: sentimos necesidad de comer y leemos; comemos un manjar apetitoso y sentimos una invencible repugnancia por cualquier novelista fabricante de embutidos.

González Vera

Escala mística

Con frecuencia los antirreligiosos son de temperamento pasional. Un impulso los indujo al primer error, pero como de él sacaron personalidad, se empeñan en otros mayores. Los mueve un fervor espantoso. Si no consiguen, en la mocedad, idear una nueva religión o recibir el consuelo de alguna otra, confinanse en cualquier oscuro pueblo y vuelven a creer en la antigua, con violencia, con arrebató y, si urge, con garrote en mano.

Los incrédulos precoces, al perder la noción de su juventud, suelen volver a la fe. Creen entonces por cuatro o diez hombres juntos, y les queda tiempo para propalar su conversión en diarios y revistas.

Existen—y no es fácil tarea contarlas— personas de ordinario incrédulas. Empero, cuando son presa de la angustia extraen de la nada a Dios y sólo en Su presencia ven con nitidez la línea recta. Sin tardanza, vuelvenlo a sumir en la nada. Son los verdugos de Dios.

El misterio de la santísima trinidad (¿por qué se hizo público?) ha causado desviamientos.

Unos, los de mente sutil, se aferran a Dios. Otros, quizás los emotivos, se unen a Jesús porque sufrió.

Rara, excepcional es la persona, salvo los teólogos, que concibe al espíritu santo. Al figurárselo se cae en el vacío.

BABEL

Las buenas almas, sin agraviar al Altísimo ni a Jesús, prefieren confiar sus pequeñas cuitas a San Antonio, San José o al Niño Jesús de Praga. El primero es familiar, tan familiar que si no es rápido en el milagro, su imagen es puesta cabeza abajo, dejada a la intemperie o víctima de otras descortesías.

Las mujeres, ya por pudor, ya por la naturaleza de sus quebrantos, dialogan con la Virgen María, excepto las que son de familia militar, que encuentran más propio hacerlo con la Virgen del Carmen.

Los rateros, que gracias a la fe pueden soportar las acechanzas de carabineros y pesquizantes—antes de caer sobre los bolsillos de sus contemporáneos—se encomiendan a San Cayetano, santo que da dinero.

Más lejos van las comadres que hacen mandas a las “animitas”, ya que éstas, a menudo, estuvieron encarnadas en asesinos, ladrones o individuos tumultuosos.

Los avaros, por evitar dispendios, se encariñan con la idea de que Dios está en todo lugar, hacen abstracción de los templos y, de modo automático, dejan de sentirse obligados al mantenimiento del culto.

Hay sujetos que, por instinto, concuerdan con el materialismo histórico y se resisten a elevar preces en la Catedral y demás iglesias del centro. Suponen que allí Dios sólo hace mercedes a los ricos, y se van a La Viñita, La Estampa u otro templo inconcluso.

Los veleidosos, que cambian de religión, son caterva.

No pocos enfermos del estómago comienzan por hacerse vegetarianos, luego teósofos y, por fin, postulantes decididos del nirvana.

*

Siguen los inmigrantes. Si triunfan, hacen suyos los usos y la fe del país adoptivo.

*

Algunos posesos, que ven doble a su mujer, apenas pretenden disfrutar de las ventajas de esta obsesión, devienen mormones.

*

Ciertos novios, cuando el genio de la especie los apremia, y pertenecen a otra confesión que la de su futura suegra, abandonan la propia por gentileza....

*

Los individuos propensos a lo misterioso, empiezan por dolerse de que el culto sea público. Les contraría que no se elija a los creyentes, y concluyen por asilarse en las logias.

*

Señoras de acendrado catolicismo, caen en la extravagancia de elegir su servidumbre entre las de credo evangélico, sólo porque éstas se dan más a la Biblia que a los mancebos.

*

La suntuosidad casi oriental de las iglesias o la majestad del rito, cohiben a muchos hombres de mente todavía vegetal. Más, como precisan a Dios, lo buscan en religiones humildes, asiladas en pobres edificios. Sus pastores nada sospechan de teología, pero saben remendar un par de zapatos, empuñar una plana o hacer gemir al serrucho.

Figuran, entre las nuevas, la salvacionista, que da uniforme a sus fieles y les enseña a cantar con acompañamiento de guitarra; la pentecostal, buena en los inviernos, cuyo rito se

cumplè saltando hasta perder el conocimiento; la cuáquera, estimuladora del silencio; la metodista, que desarrolla la seriedad y, domingo a domingo, prueba a sus fieles proscribiendo la risa, la sonrisa y todo vano gesto de alegría.

Pero los heréticos, los veleidosos y demás disidentes conservan un nexo, ya fuerte, ya débil, con el Creador.

Quedan los negadores empedernidos.

Entre los que niegan, triste es confesarlo, debe ponerse a sacristanes, monaguillos y campaneros. Son incrédulos porque la religión es para ellos trabajo.

*

Los que se educan en seminarios y, fuera de oír misa de alba, deben someterse a ejercicios espirituales—incompatibles con una alimentación abundante y sabrosa—, sin confesarlo, engrosan el partido de los indiferentes. Dios y privación se les convierten en sinónimos.

*

Suelen llegar a la más intolerable apatía los deportistas, no por razonamiento (que no es su mira), sino por emplear las mañanas domingueras en mover brazos y piernas. Su ausencia del templo, insensiblemente, los priva del hábito de creer.

*

El humanitario ve comprometida su responsabilidad en que exista Dios, menudeen las guerras y permanezcan las multitudes en miseria inalterable. Y como no consigue suprimir la guerra ni la miseria, por hacer algo, suprime a Dios.

*

Los hombres dramáticos acomodan su vida a la santidad y le ofrendan a El su voluntad absoluta, pero si les sobre-

viene una desgracia grande, no tardan en arribar a la más patética negación. Son de una pieza.

•

Muchos jóvenes alardean de ateos sólo por singularizarse. Pero si sus oyentes se asombran de tal jactancia, los jovencitos conservan el ateísmo como amuleto.

•

Caen en la negación, asimismo, ciertos ambiciosos que hubieran deseado ser los propios descubridores de Dios, y que, por haber nacido tarde, quedan resentidos.

•

Los megalómanos, sustentadores de la teoría de convertirse a sí mismos en dioses, no creerán en otro ni mediante compensaciones.

•

A los sindicalistas sinceros les parece insufrible tener un dios común con su patrón. Y, como todos los dioses son reservados ante la lucha de clases, optan por la acción directa.

•

Otros individuos, que piensan con los ojos, prenden su creencia en el Cristo de Elqui. Les emociona haberlo conocido desde que era mozo. Además, es un dios chileno...

James C. Farrell

La fe de Lewis Mumford

In a time of faith, skepticism is the most intolerable of insults.

RANDOLPH BOURNE

La segunda guerra mundial ha producido una nueva generación de intelectuales norteamericanos de guerra, tan semejante a sus predecesores de la primera, que apenas es posible discernir algunas diferencias. Basta ir a una Biblioteca y leer los artículos de los polvorientos magazines de 1917 y 1918; echar una mirada en los ahora olvidados libros de aquel período; y cotejar cuánto dicen los intelectuales contemporáneos en la prensa, en los periódicos liberales y en los libros que lanzan con ímpetu febril, para comprobarlo. Diríase que los intelectuales de la guerra actual plagian a sus predecesores. Todos sus argumentos y estribillos son un eco de los de 1917. Los nuevos actores representan los viejos y familiares papeles.

Si hay diferencias entre las dos generaciones de intelectuales bélicos, el mayor distingo puede advertirse en el hecho de que la generación contemporánea es más reaccionaria que la de 1917. Luchando por dar forma a una fe que justifique una nueva guerra en defensa de la democracia, muchos intelectuales contemporáneos han vuelto ya la espalda a lo mejor de la tradición democrática. Un verdadero culto de lo irracional ha surgido entre ellos. Hoy no sólo denuncian a Adolfo Hitler; muchos de ellos también condenan lo que hay de mejor en la tradición de la ciencia y la razón. Quisieran verlas substituídas por los valores del pasado feudal. Literalmente les gustaría que muriéramos en defensa de los ideales de los siglos undécimo y duodécimo.

Lewis Mumford es uno de los voceros de este nuevo culto de lo irracional, y sus últimos dos libros, *Men Must Act* y *Faith for Living*, pueden considerarse su evangelio.

En este artículo, no sólo examinaré estas dos obras, sino que analizaré el pasado de Lewis Mumford y algunas de las fuentes de su inspiración. El pasado de Lewis Mumford es el de un reformista. Creía que el progreso social podía obtenerse mediante una adaptación a la sociedad capitalista, más bien que por su derrumbamiento. Sostenía que el poder estatal basado en la fuerza y en la opresión de clase, estaba envejeciendo gradualmente, y que en su lugar surgiría un estado eficaz. Admirador de Randolph Bourne, condenó la primera guerra mundial, adoptó una posición liberal pacifista y dijo que si Norteamérica entraba en otra guerra imperialista, como escritor haría todo lo posible para impedir que una dictadura militar sometiera la Unión al fascismo. Sin embargo, antifascista y todo, no tomó en serio el fascismo alemán, a menos de un año de la llegada de Hitler al poder. Anunciaba una nueva era de razón, ciencia y justicia, al punto de predecir que sus primeros signos eran evidentes en la sociedad moderna. Trazó el programa de dicha era, si bien de un modo asaz vago en lo concerniente a los medios de alcanzarla. Omitió en forma quijotesca la cuestión central de clase y estado. Su enfoque descansaba en un concepto erróneo de la sociedad, que provenía en parte de una reacción tradicional.

Hoy Lewis Mumford es un ejemplo de la derrota del reformismo. En vez de un nuevo orden, el mundo está dividido por una guerra cruel. Sus predicciones y profecías no se han realizado. El fascismo, contra lo que esperaba, fué impuesto a muchos países europeos. En tales circunstancias recurre a las fuentes en que siempre se ha abrevado. Trae a colación las implicaciones reaccionarias siempre latentes en su obra. Y, simultáneamente acusa, severo, a otros intelectuales de prestar ayuda pasiva al hitlerismo, porque, según su acusación, no tomaron en serio al fascismo.

II

El maestro de Lewis Mumford ha sido Patrick Geddes, un urbanista, amante de la naturaleza, educador, hombre de buena voluntad y defensor de "la doctrina científica del ciudadanía". Geddes se autodenominó *ideopraxista*, vale decir, idealista práctico. Reconocía el ascendiente intelectual de los pensadores feudales franceses del siglo decimonono; en verdad, defendía a De Maistre, De Bonald y Le Play del cargo de reaccionarios. Siendo esencialmente reformista tenía sueños grandiosos de una nueva era de cultura local, hermosas ciudades y una humanidad

feliz, que, a su juicio, rendiría dividendos a los capitalistas y a la sociedad en conjunto. Esta nueva era constituía más que un sueño para él, pues advertía pruebas concretas de ella en la vida de su tiempo. Mumford y Geddes soñaron los mismos sueños.

En 1915, cuando Europa se despedazaba en sangrienta carnicería, Patrick Geddes escribió en *Cities in Evolution* acerca de "las más nobles ciudades de un futuro sin duda próximo", al proclamar "el orden neotécnico que tan claramente surgía en otros países, de los que Noruega era el mejor ejemplo, por carecer de un desarrollo paleotécnico". Una evidencia real de esta nueva era —"Eutopía"— la encontramos en la Alemania del Kaiser. Mumford ha visto la misma "Eutopía" en la Alemania de la República de Weimar.

Lewis Mumford estuvo en Alemania en 1932, precisamente cuando aquél país afrontaba la amenaza de una guerra civil. En aquella época los nazis invadían los distritos obreros de las ciudades alemanas y provocaban frecuentes desórdenes al fin de las jornadas. El nacionalsocialismo se había entronizado ya en el poder en Prusia y Turingia. La República de Weimar era sólo una sombra desvanecida que los decretos leyes de Bruening eran incapaces de salvar. El jolgorio reformista de Alemania había pasado. De regreso en Norteamérica, Mumford escribió un artículo, "Notas sobre Alemania", en *The New Republic* (Octubre 26 de 1932). ¿Qué vio Mumford en Alemania en 1932? Descubrió que el pueblo alemán gozaba de una salud excelente y que "el culto al sol era el símbolo de un renacimiento casi religioso que se había producido en Alemania después de la guerra". Elogiaba el progreso urbano y el crecimiento del interés por los deportes y la cultura física. Hasta un nacionalsocialista había escrito un libro en sus días de pre-nazi acerca de las mujeres desnudas que "dan profundo impulso a la cultura del cuerpo y a su gracioso desenvolvimiento". Decía que la "Nueva Alemania" había "utilizado cuanto de bueno quedaba vivo de la vieja Alemania".

Desde luego, el cuadro tenía su lado negro. La super expansión había creado un auge artificial. Lo que trajo una inevitable depresión. Se especulaba en grande. Los jefes de las mayores empresas se asignaron sueldos que resultaban fabulosos aún para el capitalismo. Y los obreros se volvieron "soberbios". Levantaron barrios ostentosos que violaban los cánones burocráticos.

A pesar de estos y otros ejemplos de imprevisión, Mumford estaba convencido de que Alemania había hecho in-

versiones inconmensurablemente mayores en actividades vitales para el bienestar de la comunidad, que en los Estados Unidos en el periodo anterior de prosperidad. Mientras Alemania había hecho inversiones en trabajos de valor social y humano permanentes, como buenos edificios, casas modelo, mejoras urbanas de orden vario, Norteamérica construyó en igual tiempo demasiados aparatos, herramientas, automoviles y barrios de casas hacinadas.

"De hecho, Alemania es el único país de Europa capaz de instituir una sociedad comunista en forma sin verse obligada a alterar muchas de sus posiciones fundamentales, pues tampoco serán muchos los impedimentos que le opondrá el viejo orden". Y todavía: "Orden, autoridad, dominio técnico e iniciativa personal, están todos presentes en Alemania y gracias a la influencia social de la pequeña nobleza empobrecida y de los profesores, el standard del dinero no se ha impuesto nunca". Así preveía Mumford el futuro de Alemania en 1932.

¿Y los nazis? Por supuesto, eran reaccionarios. Pero "la noción que Hitler tiene de la dictadura no es más que la del gusano apegado al cadáver del sistema dinástico". Hitler estaba unido al viejo orden, que no creía un obstáculo serio para el progreso. En verdad, la Alemania de Weimar estaba utilizando cuanto de bueno quedaba vivo en el viejo orden. Así, ¿qué importaban algunos gusanos, si podía contemplarse el futuro en las taldas cortas, en el auténtico tostado del sol, en las piernas morenas con tobilleras para *hockey* de una dueña de casa alemana que se dirige un domingo en tranvía al campo de deportes? Este era uno de los signos de esperanza que Mumford subrayaba más. El artículo concluía: "Cada vez que me irrita el vocinglero infantilismo y la locura de los nazis de la clase media, pienso en el decente, digno, tranquilo y metódico obrero alemán, quizá un poco necio, pero siempre honrado; lo que me reconforta. En Alemania, después de todo, hay cordura y fuerza".

Pero en la Alemania de 1932 lo que estaba en juego no era el baño solar sino la lucha por el poder. Indudablemente, algo le había ocurrido a la "pequeña nobleza empobrecida" y "a los profesores". Adolfo Hitler tomó el poder a principios de 1933; lo demás pertenece a la historia moderna.

Ahora Lewis Mumford suelta invectivas contra sus compañeros y los acusa de no haber tomado en serio el fascismo. Van Wyck Brooks, Waldo Frank y muchos otros aprueban sus acusaciones. En *Men Must Act* aprendemos: "Del invertibrado "liberalismo" fué creada la espina dorsal del fascismo". En *Faith for Living* Mumford ha dicho: "hay plena evidencia a

mano para probar que el liberal frente al fascismo no encuentra literalmente palabras para condenarlo. Esta resistencia para reconocer el mal como mal ha retardado fatalmente la reacción del mundo contra la barbarie". Y todavía: "La incurable tendencia del liberal es creer lo mejor a propósito de todo... La práctica continua [de "esta virtud"]... es... un acto de traición..."

Los dos últimos libros de Mumford tratan también del pueblo alemán y de su tradición. Por ejemplo, en *Faith for Living*, escribe: "Los que dan vuelta la cabeza cuando un Camisa parda golpea a un viejo indefenso... Los que se esconden detrás de la puerta cuando... la Gestapo hace levantar a una pobre víctima a medianoche... son sostenedores pasivos del fascismo". Aunque una vez descubriera "iniciativa personal" en Alemania, nos dice ahora que "el fascismo triunfó... en... Alemania, debido a la falta de una larga tradición de libertad" en aquel país. De hecho, "sólo un puñado de pensadores alemanes ha tenido alguna vez noción de lo que significa la libertad". No obstante su referencia al viejo orden de la Alemania de 1932, ahora nos dice: "La ideología fundamental del fascismo ha sido formulada primeramente en los sermones, epístolas y exhortaciones de Martín Lutero". Y esta ideología perdura en el pensamiento alemán desde la Reforma hasta Adolfo Hitler.

Confundiendo injustamente marxismo y stalinismo, Mumford sostiene ahora que los marxistas no han sabido comprender el fascismo porque consideran las ideas como meras sombras de los hechos económicos (una grosera simplificación del concepto marxista de la ideología). A su juicio, esto explica "sus ridículos errores" al encarar esta "nueva fuerza" que es tan vieja como Martín Lutero. No comprendieron que en relación al fascismo, lo económico es la expresión de "una política mucho más subjetiva". Sin embargo, al mismo tiempo que Lewis Mumford destacaba la significación social de las faldas cortas y del culto al sol en Alemania, un marxista llamado León Trotsky escribía, "¿Y ahora?", un llamado urgente para organizar la resistencia inmediata contra los nazis. Trotsky decía: "El gobierno fascista [italiano] lleva ya diez años en el poder. ¿Cuánto tiempo más se mantendrá en él? Sin arriesgarse a establecer fechas, uno puede asegurar que la victoria de Hitler en Alemania significará un nuevo y largo plazo de vida para Mussolini. El fracaso de Hitler sería el principio del fin para Mussolini". Trotsky atacaba también acerbamente a los socialdemócratas de Alemania por suponer que el fascismo era una mera psicosis aguda. Seguro de que las ideas de Hitler eran mucho más sinies-

tras que las de cualquier "gusano" apegado al cadáver de los Hohenzollern, Trotsky escribió asimismo: "Es precisamente la fuerza del fascismo y su empuje lo que elimina... la posibilidad de rehuir la batalla. La batalla es inevitable".

Ironía. Años atrás, Patrick Geddes pensó que la generación de postguerra en la Alemania burguesa encontraría "una respuesta al enigma de la esfinge política". La ha encontrado. Y Lewis Mumford trata ahora de resolver este enigma.

III

En Junio de 1935, cuando se hablaba mucho de la guerra, lo mismo que durante todo el periodo de paz, que siguió a Versalles, Lewis Mumford contribuyó a un symposium en torno a ella, dirigido por la revista *The Modern Monthly*. A la pregunta: ¿Qué haría Ud. en el caso de que Norteamérica entrara en una guerra?" Mumford contestó en un párrafo: "En general, soy contrario a la guerra, por su imbecilidad, por su falta de propósito humano, su brutalización de la vida, su abyecto fracaso para lograr un fin razonable y *su vana simplificación de todos los conflictos y problemas auténticos que comprende la vida en la comunidad...* Pero no soy un pacifista absoluto [???]; no son los dispendios de la guerra ni su tributo a la muerte, lo que me aterra, sino el hecho de que tales dispendios y tal tributo a la muerte no tengan propósito, en razón de la técnica misma de la lucha y de su objetivo especial —*no importa cuán justa y racional parezca la causa, en un principio. La guerra es siempre una lucha perdida, aunque sea justa*". (Las itálicas son mías). En caso de guerra, declaró que "su deber como escritor" sería "mantenerse cuerdo, pensar claramente, y *rectificar las deformaciones emotivas y los prejuicios patrióticos y en general tratar, de que la lucha no conduzca... a la imposición nacionalista de una organización político militar permanente, vale decir, el fascismo*". (Otra vez las itálicas son mías).

En "La cultura de las ciudades" (publicado en 1938) Lewis Mumford expone: "Sólo en tiempos de guerra... cuando un sentido absorbente de miedo autoriza la extirpación de las diferencias, el estado nacional se adapta a su forma ideal. Todos los grandes estados nacionales y los imperios que se forman en torno a un centro nacional, son en el fondo estados bélicos; su política es una política de guerra; y la preocupación total de su clase gobernante yace en la preparación colectiva para un asalto armado. La caricatura última de tal tendencia es la Alemania nacional-

socialista de hoy.." A su juicio, "Los grandes estados nacionales" se dividen en dos grupos, los del pasado (Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia), y los del presente (Alemania, Italia y Japón). Mumford habla aquí el lenguaje del Frente Popular, cuya espina dorsal era el stalinismo. También, *Men Must Act* (publicada en 1939) contiene algunas ilusiones esparcidas por el Frente Popular. A propósito de Munich, dice: "Los peligros [de guerra] fueron exagerados por los políticos de Inglaterra y Francia —y la perspectiva hitlerista de una inminente y rápida derrota fué deliberadamente ocultada,— a fin de facilitar la prevista entrega". En otras palabras, seguía a los liberales que ahora condena por subestimar la fuerza militar de Alemania todavía en 1939. Hasta dijo: "En la propaganda guerrera sólo los fascistas son capaces de invadir al enemigo con aviones". Sumergido en la ideología del Frente Popular, Mumford ha desechado las advertencias de los antistalinistas que previeron un acercamiento entre Alemania y Rusia. Pero en 1940 descubre que Rusia es el primer Estado fascista. Su actual desdén hacia los intelectuales liberales que fueron engañados por el Frente Popular stalinista no le sienta, pues, al hombre.

Hoy habla en términos de cruzada santa. Está dispuesto a abrogar las libertades civiles internas para destruir el fascismo en el exterior. En *Men Must Act* nos dice que a fin de "hacer más fácil su alianza tácita con el fascismo, los pacifistas absolutos adoptaron hasta hace poco una actitud optimista hacia el propio fascismo". En *Faith for Living* leemos: "Considerar toda esta violencia —de la guerra y el fascismo— más que nada como síntomas de una discordancia económica es una perversión del buen sentido". Todo proviene de un "estado metafísico del pensamiento". He aquí la anatomía política de Lewis Mumford.

IV

La fe de Lewis Mumford, en lo orgánico, es inmovible. ¿Cuáles son las fuentes y características principales de su concepto de lo orgánico?

Una fuente fundamental de dicho concepto es la idea católica de la unión de la sociedad en Dios. Esta inspiración le viene a Mumford de De Maistre y De Bonald, vía Patrick Geddes y Víctor Brandford. De Maistre y De Bonald fueron en la Francia del siglo decimonono los maestros del pensamiento contrarrevolucionario (opuesto a la democracia y la gran Revolución Francesa).

A esta concepción de lo orgánico, que viene de fuentes católicas, Patrick Geddes añadió dos ideas, el vitalismo y la evolución, ambas enlazadas en una cruda edición de la teoría de Bergson acerca de la evolución creadora. Geddes, y su colaborador, J. A. Thompson, trazaron en su pequeño libro "Biología", una *filosofía orgánica de la naturaleza*. Para ellos la biología era la ciencia que unía a todas las demás ciencias y una fórmula de transformación: el organismo en función del medio; el medio en función del organismo. Daban a la naturaleza caracteres de organismo biológico humano, y creían que "debía haber en toda la naturaleza algo de esa luz psíquica que aun es débil en el hombre, pero que tiende a perfeccionarse". El vitalismo y la evolución permitían a Geddes ver, no sólo la sociedad, sino toda la naturaleza, el mundo entero, como *orgánico*. Una interpretación profana del cuerpo místico de Cristo es encajada en la evolución bajo la dependencia del darwinismo. Se hace creadora y progresista con ayuda de ambos: el darwinismo y el vitalismo. Hombre, sociedad y naturaleza se unifican. Mumford adopta estos puntos de vista. En su libro *Technics and Civilization* dice que "la misma distribución de los elementos sobre la corteza terrestre, su cantidad, su solubilidad, su gravedad específica, su distribución y combinación químicas, son el sustento y la prolongación de la vida. Aun la descripción científica más rigurosa de la base física de la vida, demuestra que es internamente teleológica". Mumford es un vitalista superficial. Y en *Faith for Living* cierra el círculo completo de una super-alma emersoniana en torno a este universo. "Los hombres no son, individualmente, nada excepto en relación a una realidad mayor que llaman divina. Pensamiento, arte amor, son todas intimidaciones de esa divinidad; chispazos de filamentos hechos por el hombre y que se conectan, en nuestra imaginación, con lejanos resplandores en un oscuro cielo impenetrable".

Teniendo en cuenta estos factores fundamentales en los puntos de vista de Mumford acerca de lo *orgánico*, podemos examinar ahora la función que ellos desempeñan. Geddes y Mumford han escrito ambos en países protestantes y sus exhortaciones están dirigidas especialmente a protestantes cuyas ideas proceden del Iluminismo. Las ideas liberales y socialistas de reforma social tuvieron, en el siglo pasado, mayor aceptación que las de los pensadores feudales. Geddes y Mumford no podían, pues, presentar las ideas de De Maistre y De Bonald en su forma original. Pero la impronta de tales ideas se advierte en los trabajos de Mumford. Las vemos en su interpretación esquematizada y "orgánica" de la historia. La sociedad medioeval era una sociedad

orgánica. El período post-medioeval era inorgánico. La unidad social fué destruida. Fragmentos de cultura medioeval persistieron durante el período inorgánico y esto constituye la fuente principal de la tradición. A partir del siglo XVIII estos fragmentos tienden a desaparecer con paso acelerado. En los últimos años, sobre todo, desde 1840, y más evidentemente desde la época de Patrick Geddes, han habido signos y cambios que indican que la sociedad está entrando en un nuevo período orgánico, de un nivel superior al del Medioevo. Geddes vislumbraba signos de esta nueva sociedad orgánica en Noruega, en la Alemania burguesa y en la primera guerra mundial. Mumford los ha visto en la "robusta vida política" que floreció años atrás en Sunnyside, Long Island, en la filosofía de Alfred North Whitehead, en el estado actual de la ciencia biológica, etcétera. En la época de Geddes, la nueva "integración" había alcanzado el punto en que las doctrinas de revolución y reacción habían "periclitado". En la época de Mumford la nueva "síntesis" se había desarrollado hasta un punto muy avanzado, según vemos, en la Alemania de 1932. Aunque Hitler ha destruido el progreso continuo de esta nueva síntesis en Alemania, la integración ha seguido su marcha a través de las páginas de *Technics and Civilization* y *The Culture of the Cities*.

El papel que los marxistas, por ejemplo, han dado en el cambio social a la acción política, Mumford se lo atribuye a un proceso inespecificado de evolución. No son los hombres, los partidos políticos, las clases sociales, los que efectúan los cambios, sino el acontecer mismo. Este punto de vista "postmarxista" es para Mumford superior a la escatología marxista. Sin embargo, Mumford mismo es un escatólogo. Ignora el concepto marxista sobre la desaparición del Estado. Pero lo que él cree y formula significa nada menos que la desaparición del propio capitalismo. De ahí que sea tan quijotesco en cuanto a los medios necesarios para conseguir sus fines. La razón de por qué ha sido tan caballeresco en la cuestión crucial del *poder político*, puede verse ahora al desnudo.

Mumford ha trazado grandiosos y bien intencionados planes para una sociedad mejor. Nos dice que tales planes deben llevarse a la práctica; pero no indica ninguna acción política concreta. Propone tan sólo que las mejores inteligencias procedan de consuno a proyectar el próximo paso para la evolución de una tendencia progresiva. Esta actitud está en la raíz de su reformismo y se halla implícita en su libro *The Culture of the Cities*, desde que

la sociedad ha olvidado construir para los obreros salas de reunión adecuadas, como si éstas fueran una contribución importante para la solución de los problemas políticos que ellos deben afrontar. De igual modo Geddes aplaudió alguna vez el movimiento scoutista como una solución para los muchachos descañados y como un medio de aumentar su amor a la naturaleza.

Vemos, pues, a qué conclusiones puede llevar la fé en lo orgánico. Para decirlo una vez más, ésta se basa principalmente en una secularización del concepto católico de la sociedad unida en Dios. Sirve para disfrazar su carácter clasista. Lo orgánico es un velo, una niebla, un camouflagé que oculta los hechos brutales y desnudos de las sociedades pasadas y presentes.

V

Hoy, el reformismo de Mumford, está en bancarrota. Su incertidumbre es la misma de los liberales que condena. Y, ¿cómo afronta Mumford la crisis impuesta por la segunda guerra mundial? Retornando a sus orígenes. La lectura de *Men Must Act* y *Faith for Living* es muy parecida a la de *The Coming Polity*, escrita por Patrick Geddes y Víctor Branford durante la primera guerra mundial. Estos vieron aquel conflicto como una lucha de la humanidad contra el materialismo "prúscico". Emulando su estilo y pensamiento, Mumford substituye por "liberalismo pragmático" la frase anterior. Y, al hacerlo, la vacía de todo sentido.

Repitiendo ideas de De Maistre, ve en el pensamiento moderno racional la semilla de un culto del poder o de la dominación. Al "liberalismo pragmático" yuxtapone el "liberalismo ideal". Se confiesa incapaz de definirlo y describirlo pero nos dice que constituye la más grande de las tradiciones humanas que han existido desde el tiempo de los hebreos hasta el siglo dieciocho. Comprende el amor, los ideales de la verdad abstracta, la justicia y la libertad, además del concepto romano de la ley impersonal. Para defender su interpretación del "liberalismo ideal", Mumford hace trizas los hechos de la historia. Con vaguedad y confusión, reduce aún el "liberalismo ideal" a un rito vacío. Así, en *Faith for Living* nos informa: "Durante varios siglos la humanidad se vió libre de los peores efectos del maquiavelismo a causa de que la Iglesia, no obstante sus ansias de poder, había creado un ceremonial hipócrita; un guante de terciopelo para una mano de hierro".

Esto le parece más compatible con la dignidad y la justicia que las teorías sociales de Jean Jacques Rousseau, los ejér-

bitos de la Francia revolucionaria que defendieron la joven democracia del siglo XVIII, la historia de Charles Beard y la filosofía de John Dewey. Su ataque al empirismo es del más bajo nivel posible, de motes e insultos, no más. Mumford convierte el pensamiento empírico en una especie de pecado contra la conciencia moral de la humanidad y el fascismo en una expiación por este pecado. Reitera aquí en un plano vulgar los mismos cargos que De Maistre y De Bonald hicieron a los ideólogos del Iluminismo. Este es uno de los caminos que lo llevan a sus orígenes.

Mumford no ofrece ideas reales que refutar. Su arsenal lo forman únicamente aseveraciones confusas e insultos. Pero, decir que Mumford es confuso no agota la discusión de cuanto afirma y propone como uno de los más importantes voceros entre los intelectuales de guerra. A los que sostenemos que ésta no resolverá los problemas máximos de nuestra sociedad y que se trata de una guerra por la dominación imperialista, los intelectuales que la apoyan replican que la segunda guerra mundial, antes que una continuación de la primera en una nueva etapa, es una guerra completamente distinta. La ironía de tal aseveración está en el hecho de que son incapaces de hallar nuevas razones para justificarla. Por tanto, vénez obligados a usar en la defensa de la nueva guerra, los argumentos y consignas viejas. Mumford se arroga a sí mismo la tarea de hallar una metafísica para la segunda guerra mundial.

La oposición a sus ideas y propósitos no significa como él y otros insisten, una defensa del fascismo. El propio Mumford es totalmente contradictorio en cuanto a la naturaleza del fascismo se refiere. No menciona, por ejemplo, el objeto principal de todas las dictaduras fascistas: la destrucción completa de las organizaciones obreras. No responde, a las siguientes cuestiones cruciales: ¿Qué situación económica y social da origen al fascismo? ¿Cuál es la composición social del movimiento fascista? ¿Cuál es la mecánica política que lleva al fascismo al poder? Ridiculiza a los que hacen tales preguntas y nos dice que el fascismo es una enfermedad, un estado metafísico del pensamiento y una regresión bárbara. Desde luego, el fascismo aporta un sin fin de materiales para un psiquiatra; pero aunque Mumford, ve una psicosis en el fascismo, esto no nos ayuda tampoco mucho. Sobre todo, porque no relaciona el fascismo como fenómeno social con el fascismo como fenómeno psiquiátrico. Sus descripciones y observaciones son contradictorias y confusas. Y quienes nos confunden en esta encrucijada ayudan a desarmarnos

para la verdadera lucha que debemos emprender contra la amenaza real.

Mumford es hoy sólo un ejemplo, entre muchos, de aquellos intelectuales cuyas propias confusiones no hacen más que reflejar el colapso del reformismo. El programa esencialmente reformista del Frente Popular trajo entre sus resultados el que la Izquierda perdiera su independencia de acción y su programa socialista. Pronto perdió asimismo la voluntad de actuar. Faltos, pues, de programa y de acción sólo les quedaba una salida de su propia bancarrota política: la guerra. Habían mirado hacia Stalin para que los ayudara a salvarse de los peligros y vicisitudes de una acción independiente. Pero Stalin no les hizo este servicio. Pactó con Hitler. Entonces los elementos reformistas de la Izquierda no tuvieron otra salida que la guerra. Mumford refleja esta situación. Por eso escribe una *metafísica* de la guerra.

Pero no nos dice cómo llevar a cabo sus propósitos. ¿Aceptarán los actuales partidos políticos sus ideas y consignas? Y en caso contrario, ¿tendremos un nuevo partido político?... *La política es una cosa seria.* Es característico de muchos de nuestros intelectuales, incluyendo a Lewis Mumford, ignorar este truísmo. Todo programa de guerra y de reforma social que no indique los medios de realización es frívolo. Y Mumford nunca ha tomado en cuenta esta particularidad. Hemos visto a donde arriba, en consecuencia.

El jacobino francés Saint-Just escribió en la víspera del Thermidor: "Sólo quienes participan en la batalla son vencedores, y sólo quienes son poderosos la aprovechan". Debido a que los intelectuales de 1917 y 1918 nunca aprendieron esta lección, despertaron después de la guerra con un intenso dolor de cabeza. Por eso condenaron la guerra que antes proclamaron como una cruzada santa. Lewis Mumford ha invertido este proceso. Condenó de antemano la segunda guerra mundial y despertó en la "paz" con un intenso dolor de cabeza. Ahora quiere que todos participemos de su dolor de cabeza. Y a menos de que lo hagamos, dice, la civilización está condenada. Hay muchas respuestas para Lewis Mumford. Citaré sólo una. Antes de la primera guerra mundial, Rosa Luxemburgo dijo: "La democracia adquiere mayores probabilidades de sobrevivir cuando el movimiento socialista es bastante fuerte para combatir las consecuencias reaccionarias de la política mundial y la deserción burguesa de la democracia. Quien quiere vigorizar la democracia debe vigorizar el socialismo y no debilitarlo. Quien renuncia a la lucha socialista, renuncia también al movimiento obrero y a la democracia".

Las revistas

«REPERTORIO AMERICANO»

Un cuarto de siglo en la vida de un periódico independiente, ajeno a todo interés comercial o estatal, es sin duda una etapa extraordinaria digna de ser conmemorada fuera del mismo. En el caso del "Repertorio Americano", que a partir de Octubre de 1919 viene publicando nuestro amigo don Joaquín García Monge, nos resulta particularmente grato hacerlo, porque conocemos su trayectoria desde su iniciación en San José de Costa Rica.

"Repertorio Americano" es un verdadero precursor en nuestro idioma de ese tipo de periódico, ahora tan en boga, de selección y archivo de artículos de la prensa diaria; pero encarrado con un criterio más amplio y un propósito bien definido de servir ante todo a los propios escritores como vehículo de relación y conocimiento de un país en otro.

En tal sentido, "Repertorio Americano" ha realizado a lo largo de veinticinco años una profusa labor de mucho mérito con algunos errores de detalle; pero que vista en conjunto adquiere un valor innegable como testimonio de toda una época.

Periódico liberal de veras, en la acepción más noble de esta palabra españolisima, "Repertorio Americano" ha sabido ser consecuente hasta cuando los mismos liberales aceptaron las ideas de sus adversarios. Así en la cuestión de "la raza" García Monge no transigió jamás con la retórica en desuso de la "madre patria" y otros dislates por el estilo, aportando año a año variadas pruebas del "gran equívoco" aún antes de que Alemania empezara su aviesa propaganda en todo el mundo.

Semanario de cultura hispánica, como se subtitula, el "Repertorio" no vaciló en ponerse al lado de sus leales representantes cuando la República española fué invadida por las tropas marroquíes y arrojados finalmente al destierro los más destacados intelectuales españoles por la fuerza de las armas italogermanas.

Asimismo en el caso de Trotsky, el "Repertorio", contrariamente a la mayoría de los periódicos liberales, que callaron por cobardía o por cálculo, supo hacerle justicia, recogiendo su voz y la de sus amigos hasta la víspera del asesinato del gran líder revolucionario en México.

Estos antecedentes bastan para asegurarle a García Monge el reconocimiento y la gratitud de todos los hombres libres del continente. Con todo, hay algo más que conviene recordar y es que "Repertorio Americano" ha dedicado en diversas ocasiones números especiales a varios de nuestros países. Así, a fines de 1940 nosotros mismos fuimos encargados de organizar el de Chile y algunos años antes preparamos el de la Argentina.

Pero volviendo a la índole puramente gremial del periódico, debemos agregar que García Monge como escritor, ha sentido de antiguo el problema candente de nuestra expresión propia y original dentro del idioma castellano.

A este propósito vale la pena recordar unas palabras definitivas de Pedro Henríquez Ureña en su libro, "Seis ensayos en busca de nuestra expresión" editado hace alrededor de veinte años por BABEL.

"No hemos renunciado a escribir en español y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir, y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda".

Desde su título, libre de cualquier aditamento racial—latino, ibero o indo—"Repertorio Americano" ha seguido siempre la tradición ecuménica de Sarmiento y Lastarria, Darío y Lugones.

Ahora que un régimen bárbaro impera en España y borra en nombre de la sedicente Hispanidad el de los sabios y eruditos que han prologado y anotado a sus clásicos bajo la dirección de la República, como en el caso concreto de Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, el eco acusador del "Repertorio" se impone más que nunca contra sus delitos.

Por eso también deseamos a García Monge y a su notable periódico el cumplimiento de una nueva etapa igualmente larga y fructífera.

E. E.

NOVELAS Y CUENTOS DE CHILE

SUB-TERRA, por Baldomero Lillo.	\$ 20
SUB-SOLE, por Baldomero Lillo.	20
RELATOS POPULARES, por Baldomero Lillo.	20
ZURZULITA, por Mariano Latorre.	20
ULIY, por Mariano Latorre.	10
CUNA DE CONDORES, por Mariano Latorre.	15
MERCEDES URIZAR, por Luis Durand.	15
MI AMIGO PIDEN, por Luis Durand.	15
TRAVESIA, por Manuel Rojas.	15
COMPAÑEROS DE VIAJE, por Enrique Espinoza.	15
EL CHILENO EN MADRID, por J. Edwards Bello.	20
LA ULTIMA NIEBLA, por María Luisa Bombal.	20
LA AMORTAJADA, por María Luisa Bombal.	20

PEDIDOS A LA

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125

Santiago de Chile

Los pedidos de provincia acompañados de su importe en giro postal o letra bancaria, no pagan gastos de remisión

EDICIONES "CULTURA"

COLECCION

NOVELISTAS CONTEMPORANEOS DE AMERICA

VOL. I

VOL. II

MUERTE EN EL VALLE

por Bernardo Kordon

Uno de los más significativos valores de la nueva novela argentina en una fiel y recia interpretación de Santiago.

Edición de lujo \$ 25

LOS HOMBRES OSCUROS

por Nicomedes Guzmán

Uno de los poquísimos escritores de Chile que se han enfrentado a la angustia nacional a través del heroico padecimiento del pueblo.

3.ª Edición de lujo \$ 25

LA EDITORIAL "CULTURA"

atiende pedidos directos:

Huérfanos 1165 - Casilla 4130 - Santiago

LIBRERIA de OCCIDENTE

Av. B. O'Higgins, 1313, Teléfono 69649
Santiago

DOS OBRAS EXTRAORDINARIAS

CONTRAESPIONAJE, por Somerset Maugham. . . . \$ 35

COMO EL FILO DE UN PUÑAL, por Somerset Maugham (En prensa)

BABEL

Revista de Arte y Crítica

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera

Lain Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. \$ 10 mlch.

Suscripción a 6 números. \$ 50 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. 0,30 u/s.

Suscripción a 6 números. 1,50 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.
Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

TIPOGRAFIA «SENDA»

“HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA”

La Historia, el Arte y la Literatura del Mundo
Tres obras en una

TODOS los genios de la literatura universal parecen volver de nuevo a la vida en las exquisitas páginas de esta HISTORIA maravillosa. Nunca ha existido una oportunidad mejor para conocer, en cuerpo y alma, a los que concibieron las creaciones artísticas y literarias más sublimes. Los TRECE volúmenes de la HISTORIA DE LA LITERATURA—hermosos volúmenes de majestuosa presentación y riquísimo contenido—recogen las más excelsas expresiones del ser humano. En ellas encontrará el lector la gracia divina de los poetas y la severa profundidad de los filósofos. Sus páginas nos presentan la exquisita prosa de los más grandes literatos y la inspiración genial de los que inmortalizaron su nombre a través de la piedra, la pintura y el mármol. . .

Nada de lo que tenga un valor perdurable queda al margen de sus TRECE volúmenes. La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI abarca todas las culturas y da a cada una de ellas la trascendencia que en la Historia Literaria le corresponde. El más ilustre filólogo del mundo se ha unido en esta ocasión a JOSE PIJOAN, uno de los críticos e historiadores españoles más eminentes, para ofrecer al público de lengua castellana una obra monumental, única en su género. Por último, también han intervenido los más esclarecidos escritores de América Latina para desarrollar los capítulos correspondientes a nuestro Continente.

13 grandes volúmenes — Más de 7,000 páginas
3,200 ilustraciones

Editores y Distribuidores Exclusivos
EDITORIAL GONZALEZ PORTO Ltda.

Merced 709 — Teléfono 30397 — Casilla 165 - D
Santiago de Chile

**CONSULTENOS SOBRE AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO, Y LE
REMITIREMOS FOLLETO ILUSTRADO DESCRIPTIVO**

LA VIDA DE BEETHOVEN

El primer título de la
BIBLIOTECA MUSICAL

dirigida por V. Salas Viu



*Un elegante volumen en
papel Pluma, cortes escofinados, empa-
tado, con lomo dorado a fuego.. \$ 100.—
Edición corriente. \$ 55.—*

*En todas las buenas librerías. Para Chile, remitimos
contra reembolso, sin gastos de franquico, para el comprador.*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84 - D

Santiago de Chile